I

España en el exterior

Compendio histórico (1)

SIGLO XIII

ARAGÓN.

DESDE el momento en que los cristianos sentaron el pie en las playas de Barcelona, acabadas de esquilmar por la morisma de Almanzor (año 986), dilatando la vista por el horizonte de la mar pudieron concebir idea de la estrechez del territorio que, acabado de reconquistar, con perpetuo desvelo defendían de las acometidas de aquellos enemigos de la fe. Un mundo objetivo traería a su pensamiento la inmensa extensión de las aguas, a las que tocaban después de haber vivido entre riscos y selvas. Si por aquéllas podían llegar, y de vez en cuando llegaban todavía los adversarios, por ellas mismas recibían la visita de gentes amigas portadoras de recursos, de auxilios, de provisiones de toda especie, teniendo con qué pagarlas; por aquel camino les llegaban noticias y se ponían en relación con otros pueblos; trocaban los productos del suelo y venían a tener conocimiento de los de industria del hombre.

(1) Artículo póstumo de don Cesáreo Fernández Duro.

De los buques normandos aprendieron primeramente lo que en la paz y en la guerra valían como vehículos flotantes; de otros del Norte, venidos con cruzados para Tierra Santa, la ilimitada carrera de sus quillas; de los de las repúblicas de Génova y Pisa, la capacidad y variedad de su almacén.

Viendo a la última disponer expedición para castigar en las islas Baleares la rapacidad de los mahometanos, diéronla contingente auxiliar de guerreros que fueran a iniciarse en la navegación, concurriendo con su Conde Ramón Berenguer III por cabeza, a las operaciones belicosas (año 1114). Ayudáronse de las mismas embarcaciones y de las de Génova, tomadas a sueldo y condición para el ensanche del litoral, arrojando a los sarracenos de Tarragona y de Tortosa (de ésta dos veces, en 1120 y 1148). Aprovecháronse del contacto en tales empresas para ir imponiéndose en la fábrica, en el armamento, en el manejo de los navíos; en una palabra, emplearon el curso del siglo XII a modo de preparación para llegar a ser pueblo marítimo, y como las circunstancias les favorecían con el aumento de territorio, por unión de Aragón y Cataluña (1137) y consiguiente crecimiento de población, no descuidaron el ideal de llevar al exterior sus relaciones e influencias, hicieron primitivos conciertos de paz, alianza y comercio con varios estados de Italia; ensayaron la ampliación en Grecia, Egipto y Alejandría y empezaron a despachar bajeles propios a los puertos de Castilla, Marruecos, Túnez y Tremecén.

Son siempre tímidos y vacilantes los primeros pasos. Hasta que el rey don Jaime I no hubo salido de la minoría de su edad y apaciguado las alteraciones promovidas por los señores feudales, no comenzó en realidad a significarse el valor adquirido por los elementos náuticos, medidos y utilizados por el Monarca en su glorioso reinado.

Decidida en su mente la conquista de las Baleares, aunque con ayudas extrañas aún, pudo reunir hasta 155 naves de toda especie, las más de sus súbditos; embarcar ejército y dar cima a la empresa (1230) venciendo entre los obstáculos la tenaz resistencia de los moros isleños.

De sus medios propios se valió a seguida (1238) para expugnar y rendir a Valencia, con la particularidad, digna de cuenta, de haberse presentado escuadra de doce galeras y seis zabras, procedente de Túnez, que no se determinó a medirse con la catalana.

En consecuencia de las victorias, divulgadas por la fama, recibió don Jaime embajadas del emperador de Constantinopla, del Kan de los tártaros y del sultán de Egipto, que abrían los puertos de Oriente al comercio y consintieron el establecimiento de cónsules y factores. Recibió, asimismo, invitación del Papa para acudir personalmente a la Cruzada de Siria, como iba a hacerlo el rey de Francia, y aprestó con tal objeto armada de 30 naves y galeras, que fué nuevo empuje a su marina, estimulada con otras medidas; una el primer código naval de los conocidos (1258); pero antes de ponerse en marcha acompañado de dos de sus hijos, concertó y llevó a término el casamiento del primogénito, don Pedro, con la hija de Manfredo, rey de Sicilia (1262), suceso que conviene tener en la memoria por el influjo que ejerció en los destinos de Aragón.

La jornada a Tierra Santa no llegó a realizarse. Salida la flota de Barcelona (1261) un temporal dispersó las naves, viéndose la del Rey en la necesidad de arribar a Aígues Mortes, de donde no pasó. Los Infantes llegaron a Tolemarda con ocho de las más avanzadas, y como no recibieran nuevas de su padre, retrocedieron a Cataluña, siendo empleadas en el ataque y rendición de Ceuta a favor del rey de Fez.

Don Pedro III, *el Grande,* imitó el ejemplo de su

progenitor, adoptando política esencialmente externa. Seguía con gran atención los sucesos de Italia, agitada por Güelfos y Gibelinos, o sea por los bandos sostenedores de la lucha entre el pontificado y el imperio. Carlos de Anjou, hermano del rey de Francia, apoyado sucesivamente por los Papas, de los que se declaró vasallo y tributario, disputaba el trono a Manfredo de Sicilia, consiguiendo arrancárselo, con la vida, en la batalla de Benevento (1266); mas a tales excesos de violencia y tiranía se entregaron los franceses vencedores, que se hicieron insufribles al pueblo; obligaron al extrañamiento a mucha gente principal y, al fin, produjeron el alzamiento popular y matanza consignados en la historia con el nombre de *Vísperas sicilianas* (1282).

Antes de la ocurrencia, el rey don Pedro, que parecía preverla y que, según dicho queda, no dejaba de estar al tanto de todas, continuaba el crecimiento de las fuerzas navales, ejercitándolas de continuo en cruceros y escaramuzas por la Costa de Berbería, desde Túnez a Ceuta, amparando a cualquiera de las banderías musulmanas que le demandaba y retribuía el auxilio. Habiéndoselo pedido el bey de Constantina, con oferta de esta ciudad en prenda, aceptado el trato (1281), dispuso armamento tan considerable, que, despertando inquietudes, instó a los soberanos de Francia, Inglaterra, Roma y Constantinopla a pedir seguridades, que dió, singularmente por embajada, al Pontífice, rogando le acordase las indulgencias de Cruzada contra infieles. Sin embargo, porque no se diera crédito al representante, o porque el recelo no quedara desvanecido, no fué concedida la demanda, a pesar de lo cual dió la vela desde los Algaques con 150 naves (1282); atracó a la costa de Africa, desembarcó la hueste en Collo, comenzando desde luego el avance.

Allá acudieron comisarios de las ciudades principales de Sicilia a noticiarle lo acaecido después de la

conmoción de *las Vísperas* y a brindarle, en nombre del Parlamento y a título de esposo de Constanza, la hija de Manfredo, con el cetro que éste rigió y que a toda costa procuraba retener Carlos de Anjou.

Pareció vacilar don Pedro, sometiendo el ofrecimiento a consulta de los de su Consejo, pero aunque los pareceres fueran varios, reembarcado el ejército, lo condujo sin pérdida de tiempo a la isla, donde fué recibido con palmas.

Indignado el papa Martino IV, gran favorecedor y amigo de Carlos, al paso que le suministraba refuerzo material de guerra, hizo uso también del espiritual, en su obsequio, excomulgando al rey de Aragón, poniendo en entredicho eclesiástico a sus Estados; desposeyéndole de la regia investidura y confiriéndola a Carlos de Valois, hijo segundo del rey de Francia Felipe III; creándole serias complicaciones en Inglaterra, Castilla, Venecia, y aun en el territorio propio de Aragón, donde los Barones, en armas, mostraron su descontento.

A todas pudo hacer cara don Pedro, de momento: gobernadas sus escuadras por Roger de Lauria, caudillo marino sin par en aquel siglo, una y otra y otra vez se coronó de lauros en batallas porfiadas y sangrientas contra las escuadras enemigas. Destrozó en Malta a la de Provenza; deshizo ante Nápoles a la aliada, haciendo prisionero a Carlos *el Cojo,* príncipe de Tarento, hijo y heredero del de Anjou (1284); dejó huellas de sangre en los estados de Calabria y la Basilicata; se apoderó de la isla de los Gerves, y no fué todo, pues como Manfredo había tenido enlace con una griega de la estirpe de los Commenos, adquiriendo por su mujer un principado en la otra parte del Adriático, las galeras catalanas pusieron a contribución o a saco a Morea, Esclavonia y el Archipiélago.

El recio, tanto como bienhadado marino, contó, pues,

por cientos las presas de naves; por miles los prisioneros; pero, sensible es consignarlo, por millares, asimismo, los muertos y los mutilados enemigos.

Con todo ello, aislado el reino de Aragón frente a la hostilidad de Europa, llegó a términos de grave peligro, por tierra y mar amagado. Felipe de Francia, tratando de hacer efectiva la donación del Papa a su hijo, traspuso el Pirineo con tropa que se aproximaba a la cifra de 200.000 hombres, si no todos buenos soldados, unidos todos en la idea de remisión en guerra contra précitos.

Por mayor conflicto hizo causa común con los invasores el rey de Mallorca, hermano de don Pedro, facilitándole el paso de las asperezas, con lo que el espanto y el terror general vinieron también en su ayuda.

A tiempo oportuno llegó de Sicilia Roger de Lauria con las galeras. No contó el número de los enemigos al acometerlas repetidamente, siendo el resultado la destrucción o la huída; la prisión de cuatro almirantes; la captura de los convoyes de dinero y provisiones, y, dicho de una vez, la suerte de la campaña, decidida con retirada de los franceses.

Propuesta entonces a Roger una tregua en términos poco corteses, respondió con la arrogante frase perpetuada por la historia: "Que estando él presente, no ya galeras o naves, pero ni aun los peces osarían sacar del agua la cabeza sin ostentar las armas de Aragón." Y en verdad, al disipar el nublado dió a la patria instructiva lección del fruto que reportaban tantos desvelos anteriores; del poder incalculable de una marina bien organizada y bien regida, de la influencia del dominio del mar en el destino de los pueblos (1585).

En varios promovió la Parca alteraciones el año mismo, enlutando casi a la vez que el solio de Aragón los de Roma, Nápoles y Francia: el primero con doble motivo, porque don Alfonso III, ocupándolo, no tenía las

condiciones de su padre, ni se le parecía don Jaime, lugarteniente en Sicilia, que no tardó en ceñir la Corona con nombre de Jaime II, dejando en la isla al hermano menor, don Fadrique o Federico (1291).

Seguía por allá la guerra contra Carlos II de Anjou, el prisionero que fué de Lauria, alcanzando el almirante nuevos y sonados triunfos, señaladamente en Castillamare, al paso que los intentos de Felipe IV, *el Hermoso,* de Francia, fracasaron. No se daba punto de reposo a las galeras; corrían el litoral de Provenza en represalia; en Africa tomaron por asalto a Tolometa; Malvasía, Corfú, Clarencia, Chío, Modón experimentaron los efectos de su empuje, y a San Juan de Acre llegaron, si bien con objeto de socorrer a la plaza en apuro. Sin embargo, instado el rey don Jaime, a la vez que por disturbios interiores, por los emisarios del papa Bonifacio VIII y del monarca de Inglaterra, mediador, accedió a suscribir un tratado de paz general, declarándose vasallo y tributario de la Santa Sede; comprometiéndose a contraer matrimonio con hija del de Anjou; a la dejación de Sicilia con retirada de sus súbditos; a emprender cruzada a Palestina, todo a cambio de la investidura del reino de Córcega y Cerdeña, la declaración por el Pontífice de ser hijo sumiso de la Iglesia y la renuncia de Francia al dominio de Aragón.

Pasó don Jaime a Roma (1297) en solemnidad del concierto, distinguiéndole el Papa con el nombramiento honorífico de *gonfaloniero* o porta-estandarte al ratificarse en el abandono de Sicilia, condición primera e indispensable para la cesación de hostilidades.

Mucho se equivocaron en el particular los signatarios del tratado. Ni los insulares se avinieron a volver al yugo de los franceses, ni los catalanes se conformaron con desasirse de las amistades y de los intereses creados, así que, proclamando a don Fadrique rey de Sicilia, duque de Pulla y príncipe de Capua, se aparejaron a las

consecuencias, sin presumir quizá adónde llegarían; sin sospechar, seguramente, que el protector antes eficaz se trocara en azote.

Don Jaime, en efecto, afrontó grande armada, y aliado con Francia y Roma inició la guerra fratricida con golpes extremados. Un choque marítimo espantable sobre cabo Orlando causó a los sicilianos seis mil muertos (1299); el segundo, en la isla Ponza, acrecentó la fama de Lauria, y, no obstante, en la opinión pública el valor y constancia de don Fadrique se pusieron por encima de las victorias de su hermano, quien, censurado y pesaroso, hubo de regresar a sus estados.

La guerra concluyó con el siglo, después de veinte años de estrago, alcanzando las dotes de don Fadrique, frente a tantos enemigos, ser reconocido su reino de Sicilia, por vida, con separación del de Nápoles. A Aragón procuró la lucha, en el movimiento general del mundo europeo, la importancia de nación marítima y la ponderación en el Mediterráneo, ganada a las flotas de Pisa, de Génova y de Venecia, que fueron sus maestras y que, anteriormente, gozaron el concepto de pujanza indispensable.

Castilla.

Al andar de la región vecina, agrandaban los castellanos el terreno de reconquista, asomándose a la ribera meridional de la Península después que estuvieron afianzados en la del norte. La ocupación sucesiva de Sevilla (1248), Cádiz (1262) y Tarifa (1293), que abrían el acceso al Mediterráneo, les consintió la fundación de marina militar, haciéndola con elementos genoveses, y el desenvolvimiento de la mercantil, alentada en el golfo de Cantabria con las relaciones poco a poco establecidas con pueblos septentrionales, y con el ejercicio de la pesca de ballenas y de navegación de altura, de iniciativa privada.

Don Fernando III y su hijo Alfonso X ensayaron con éxito las primeras escuadras contra las berberiscas, acariciando la idea de devolver a los africanos en sus tierras la visita prolongada con la que se apropiaron las de España, que de tan lejos (1251) data la orientación, como ahora se dice, de la política nacional.

Sevilla fué muy pronto emporio de comercio, extendiéndolo a los pueblos de Oriente. Santander, Laredo, Castro, San Sebastián, Fuenterrabía emularon en la fábrica de naos, enviándolas al Norte y Occidente con cargamentos cambiados a favor de conciertos aduaneros con Flandes, Alemania e Inglaterra. En el curso del siglo establecieron lonjas de contratación y consulados en Brujas, la Rochela y algunos otros centros importantes, cesando el aislamiento de los tiempos anteriores.

SIGLO XIV

Aragón.

Acabados los disturbios de Sicilia, malavenidos en la tranquilidad los hombres que con la guerra estaban familiarizados, decidieron a una ofrecer sus brazos al emperador de Oriente Andrónico Paleólogo, cuyo trono, carcomido por la corrupción, se bamboleaba, resistiendo apenas el empuje de los turcos. Aceptación tuvo la propuesta, por lo que, unos ocho mil aragoneses y catalanes, a caballo o a pie, aderezaron flota, y eligiendo por cabeza a Roger de Flor, soldado y marinero capaz de gobernarlos, se dirigieron a Constantinopla, emprendiendo famosa jornada; odisea perdurable (1303).

Roger, halagado al principio, obtuvo con el título de *megaduque* o jefe de mar la mano de una sobrina del Emperador: la hueste, partícipe en los agasajos, no

careció de aplausos, visto que arrollaba a los turcos y reconstituía con la ocupación el dominio en las provincias de Asia. Con todo, la serie de sus triunfos fué cambiando la admiración (no es cosa rara), primero en envidia y recelo, después en odio y repulsión mal disfrazada. Llamados a Europa y divididos artificiosamente los extranjeros, Roger murió asesinado en Andrinópolis a tiempo que, en celadas, caían no pocos capitanes y soldados. Cómplices en la maldad los genoveses, habiendo atraído con convite amistoso a Berenguer de Entenza, el nuevo caudillo, le prendieron, atacando a seguida con 18 galeras a cinco catalanas confiadas. La indignación de los parientes se dejó sentir entonces: pasaron a cuchillo a los ocupantes de la ciudad de Galípoli; convirtiéronla en su plaza de armas; se declararon desligados del imperio; señores de Tracia y Macedonia, en reparo de ofensas, y manteniendo por insignias las banderas de Aragón y de Sicilia, dieron a la guerra el sello del terror.

Impotentes contra ellos los ejércitos del imperio mostráronles con repetición las espaldas: vivieron cinco años sobre el país, tomando fuertes, asaltando plazas, entrando a saco en las ciudades, haciendo proezas increíbles, y aunque no fuera en su compañía la concordia, poco amiga de españoles, campando por sus respetos, anduvieron a través del territorio hasta fijarse en los ducados de Atenas y Neopatria, agregados por su esfuerzo a la soberanía de Sicilia (1313).

La empresa tuvo epílogo en otra del infante don Fernando de Mallorca, que señoreó a Morea como herencia de su mujer (1314).

Tratóse por entonces en Cataluña de hacer efectiva la ocupación de Córcega y Cerdeña, cara hijuela adquirida en mala hora. Beneficiaban a las islas pisanos y genoveses, después de sacarlas de manos de los sarracenos, y no de buen grado iban a dejar la posesión a

los que sólo por el beneplácito pontificial la reclamaban. Si bien cedieron a la primera invasión, que con 300 naves hizo el infante don Alfonso (1322), una y muchas veces sostuvieron el espíritu de oposición, haciendo necesario el envío constante de ejércitos; la repetición de campañas, prósperas o adversas, siempre ruinosas.

Los pisanos hubieron de ceder, al cabo, exhaustos; la Señoría de Génova resolvió, en cambio, jugar el todo por el todo, ya que la cuestión entrañaba, con el dominio del mar, los beneficios del comercio, fundamentos de su existencia libre.

Declarada la guerra entre ambas potencias, aliada la de Aragón con Venecia, don Pedro IV dió calor a las operaciones, encontrándose de resultas en el mar de Mármara, armada de 66 galeras genovesas, con otra poco menor de los amigos. Se dió la batalla a vista de Constantinopla con igual coraje y resultado indeciso, por más que ambas partes se proclamaran vencedoras (1352).

En segundo choque sobre Cerdeña, no estuvo dudoso el triunfo: los genoveses, de 60 galeras, no salvaron, con fuga, más de 19: tuvieron 8.000 muertos y heridos, excediendo de 3.000 los prisioneros, con lo que adquirió prez el almirante Bernardo de Cabrera.

No por ello mejoró la situación de las islas: ni la presencia del rey con flota imponente, ni la determinación extrema de ir desalojando a las ciudades ganadas y repoblarlas con gente catalana, ni la paz ajustada con Génova y cesación consiguiente de ayuda ostensible, pudieron concluír con la pertinaz resistencia de los insulares.

La influencia ganada por otros lados en Africa aconsejó el empleo de fuerzas navales que la mantuvieran: se reprimió sublevación en la isla de Gerves; recibieron auxilios del emir de Tremecén, los tributarios de Túnez, Bujía y Ceuta, y se enviaron a Castilla para

la expugnación de Algeciras y de Gibraltar, mas no tanto entretuvieron tales atenciones como las de Sicilia, donde parecía no tener asiento la quietud.

Había finado el rey don Fadrique, sobreviviendo poco su hijo del mismo nombre, casado con Constanza de Aragón. Don Pedro hizo valer el derecho que creía asistirle sobre el de su nieta María, heredera del trono, y encontró oposición en el Papa, que le amenazaba con la censura, y en Juan Galeazo, pretendiente a la mano de la Princesa, obstáculos sorteados de distinto modo; radicalmente el segundo, que allanó la escuadra catalana, con incendio de la lombarda en Puerto Pisano (1380), negociándose luego matrimonio con el infante don Martín.

Acabada la vida y reinado tormentoso de don Pedro IV (1387), durante el que la guerra con Castilla y la venida a sueldo de las compañías blancas de Beltrán de Claquín son episodios memorables. Sicilia siguió requiriendo la presencia de los navíos, así como el empleo de los hombres contra el disturbio de los Barones ambiciosos. Lo mismo en el corto régimen de don Juan, *el Amador de la gentileza*, que en los comienzos de la soberanía de don Martín (1395), ensangrentaron el suelo aquellos primates antes de ponerse de acuerdo y reconocer por señor al Infante del mismo nombre.

Tuvo mucho tiempo suspensos los ánimos el Cisma de la Iglesia, sobre todo desde la elección parcial de Pedro de Luna, o sea Benedicto XIII, en razón a que, sitiándole en Aviñón tropas francesas, fué escuadra catalana a sostenerle (1398).

Castilla.

Prepondera en el reinado de Alfonso XI la guerra secular contra los moros. Amagaba a la Península nueva correría de los africanos, preparados por el emir de

Marruecos, siendo escasas las fuerzas navales castellanas para cerrarles el estrecho de Gibraltar. El almirante Jofre Tenorio, que tuvo ventura en algunos encuentros; que resolvió complicación veleidosa, deshaciendo a la armada portuguesa, con captura de su jefe Pezano y del estandarte real (1337), perdió las naves y la vida en batalla con los muslimes (1340), poniendo al reino en conflicto. Más de 200.000 alárabes desembarcaron, ganadas que fueron por ellos las plazas de Gibraltar y de Algeciras, y agravárase el mal sin la victoria del Salado, a la que concurrieron galeras de Génova y de Aragón y cuerpos de tropas de diversos príncipes cristianos.

En tanto ocurrían hacia el Norte sucesos para cuya narración son necesarios algunos precedentes.

Desde que se pobló la costa del golfo de Cantabria se habían ido asociando las villas con objeto de procurarse en las aguas del Océano los recursos no proveídos por la pobreza de la tierra. Constituían hermandad nombrada *de las marismas de Castilla;* reconocían la autoridad regia en cuanto al suelo se refería, pero entendiendo que sobre las ondas no hay señorío natural para el ejercicio de las industrias de pesca y navegación, se gobernaban por la propia hermandad con absoluta independencia, teniendo sus capítulos u ordenanzas, cabezas temporales, consejo electivo, insignias privadas. Por razones de vecindad y de oficio solían estar en contradicción y aun hostilidad frecuente con los puertos del ducado de Aquitania, dependiente de Inglaterra, sin perjuicio de examinar las diferencias y de ajustar entre sí concordias y tratados.

Cuando estalló la guerra entre la referida nación y Francia, por cuestiones del litoral de Bretaña, consiguió la segunda alianza con estas gentes de las marismas y obtuvo auxilio de una flota gobernada por Luis de la Cerda, biznieto de Alfonso *el Sabio,* a quien lla-

maban el Príncipe de la Fortuna. Túvola en el ataque de plazas y navíos (1340), sin intervención alguna del monarca de Castilla, que conservaba, por tanto, buenas relaciones con el de las islas británicas. Mas los daños recibidos por los súbditos de éste fueron tales, que, colmada la medida del sufrimiento, en manifiesto y pregón célebres, hizo público que gentes de España habían apresado naves, tratado inhumanamente a los hombres y se proponían dominar el mar anglicano y destruír toda navegación que no fuera la suya, con cuyo fin juntaban en Flandes poderosa armada. Convocaba, pues, a las embarcaciones de todos sus vasallos; acudía a toda especie de recursos, embarcando personalmente con sus hijos para salir al encuentro de los castellanos.

A éstos guiaba entonces Carlos de la Cerda, hermano de Luïs, quien no esquivó la refriega, y se verificó, ensangrentada, en las proximidades de Winchelsea, con buena suerte de los británicos, tan gozosos, decían, de haber abatido por primera vez la soberbia española, que su monarca empezó desde entonces a titularse *Eduardo III, rey del mar*. Empero, al título y a la satisfacción contradicen el tratado seguidamente suscrito "con los maestros, marineros y otros hombres de España, sus adversarios" (1351), estipulando paz y amistad perpetua, con cláusulas en favor de ellos para "navegar, comerciar y pescar libremente en las costas y puertos de Inglaterra y de Bretaña".

A la sazón empezaba a reinar en Castilla don Pedro, y sin dificultad dió aprobación en Cortes a la estipulación, singular en los registros diplomáticos; al convenio celebrado entre un soberano y un grupo de mareantes sin personalidad ni nombre definido. Lo cual no fué óbice para que, andando el tiempo, sintiera afecto hacia la casa reinante, aliada y sostenedora de su causa en la guerra fratricida que Aragón y Francia favore-

cieron enfrente, y emparentara dando en casamiento sus hijas a Juan de Gante, Duque de Lancáster, y a Edmundo, Duque de York.

No de otra suerte, por espíritu de todo en todo opuesto, vencedor y coronado, Enrique II envió en auxilio de Francia al almirante Ambrosio Bocanegra, feliz al destruír en la Rochela a la armada enemiga con acción poco frecuente, en la que aprehendió al Conde de Pembroke, en compañía de 400 caballeros y 8.000 soldados (1372), como luego Rui Díaz de Rojas en cooperar a la rendición de aquella fortísima plaza.

Más lo fué todavía Ferrán Sánchez de Tovar apresando naves, saqueando puertos y ciudades de Inglaterra (1375), afligiendo también a la ribera portuguesa, abierta a los britanos.

Igual política siguió don Juan I, consecuente en la liga de Francia. El mismo Sánchez de Tovar maltrató a la costa de Bretaña; subió por el Támesis hasta incendiar a Gravesend, a la mano de Londres (1380); destrozó a la escuadra lusitana sobre Huelva, con presa de su jefe Alfonso Téllez, hermano de la Reina, y más de 6.000 marineros; remontó el Tajo, desembarcó en Lisboa, apretó el asedio puesto en legítima aspiración de la Corona de aquel reino para ceñirla a la soberana de Castilla, hasta que la batalla de Aljubarrota detuvo la carrera de sus triunfos al tiempo mismo que desvanecía las esperanzas de derribar las fronteras (1385).

No hay que decir cuánto crecieron las de los ingleses con el impensado contratiempo. A poco (1386) desembarcaba en Galicia el Duque de Lancáster ejército estimado bastante para hacer bueno el título de rey de Castilla y de León, ostentado en sus banderas. En el cálculo no acertó, si contaba, además, con la fortuna. Circunstancias adversas, una la llegada de cuerpo de auxiliares franceses, le instaron a transigir, como lo hizo, a condición de matrimonio de su hija Catalina,

nieta del rey don Pedro, con el primogénito del Soberano (1389).

SIGLO XV

Aragón.

Teatro heroico, campo de proezas el de las islas de Cerdeña y Córcega, para la Corona continuaba siendo vorágine donde hombres y dinero desaparecían. Los habitantes siempre opuestos a la dominación; los genoveses sosteniendo con todo su poder, en guerra inacabable, los intereses que tan caros les eran. Allí fué don Martín, el joven, con poderosa armada (1409) y murió de dolencia; allá don Alfonso V, con mayor refuerzo (1420), dió por concluída la resistencia en la primera nombrada, y asaltaba en Córcega a las plazas fuertes con ánimo de rendirlas también, en suma, como quizá lo hiciera a no distraer su atención asunto de preferencia, dilatando el resultado que no pudieron alcanzar tampoco sucesivas tentativas, desde 1432 a 1455.

Era el caso que, viéndose la reina viuda de Nápoles, Juana II, afligida por el linaje de Anjou, codicioso de aquellos estados, de los que seguía titulándose soberano, sitiada en la capital y bloqueada por escuadra genovesa, pedía socorro a don Alfonso, ofreciéndole el ducado de Calabria, desde luego, y la sucesión en el trono después de sus días, si la sacaba de aquel trance. Aceptada por el aragonés la sugestiva proposición, levantó el campo, marchando a seguida con la flota, suficiente para dispersar a la enemiga, hacer ineficaz el cerco y entrar en la ciudad, recibido como libertador.

El hecho despertó, con el recelo, la enemistad de los potentados italianos y causó el recrudecimiento de una lucha en la que todos ellos estaban dispuestos a tomar parte, queriendo cada cual medrar o impedir, cuan-

do menos, que los demás medrasen. El Papa, el Emperador, el Duque de Milán, las Señorías de Florencia y Venecia entraron en la contienda, juntos o separados, por períodos que no consentían a la razón presumir si los amigos o confederados del día harían mutación en el siguiente, bajados, cual andaban, en movilidad de que es difícil dar idea.

Don Alfonso tuvo que lidiar, entre tantos azares, contra la veleidad de doña Juana, señora de condiciones morales poco ejemplares; la primera en suscitarle adversarios desde que le consideró encumbrado, siéndolo ella al extremo de revocar el testamento formalizado en su favor y de nombrar por sucesor del solio, en el de última hora, a Renato, duque de Anjou y de Provenza. Pero no era el aragonés hombre que se apocara; demostró ser en diplomacia no menos experto que en las armas, alcanzando a desenredar las intrigas con las que se procuraba envolverle, sin perjuicio de descargar golpes inesperados, de mayor efecto por lo mismo; ejemplo, la sorpresa y asalto de la ciudad de Marsella (1423) que al de Anjou pertenecía.

Los confederados volvieron a cercar a Nápoles; se hicieron dueños de las plazas fuertes, y, por colmo de ventura, cayó en sus manos el monarca valeroso, en batalla naval, reñida sobre la isla de Ponza (1435). El rey de Navarra, el infante don Enrique, 340 magnates o caballeros que le acompañaban participaron de su suerte, siendo conducidos a Milán.

Creyérase que al desastre seguiría la ruina: nada menos que eso; la Fortuna es tornadiza de suyo. Don Alfonso supo convencer a Felipe Visconti de que mejor le estaba su amistad que la del francés, vecino cercano y peligroso, sirviendo la entrevista para que puesto, sin rescate, en libertad con el séquito, resultara elegido heredero de Milán, por la generosidad de Visconti. Durante la prisión se deshizo la liga de los contrarios, te-

merosos de la preponderancia del ducado: fraccionáronse con nuevas componendas que no dejó de utilizar la habilidad política del Soberano de Aragón.

Unida a su Corona la de Sicilia, sirviéndole, como Cerdeña, de centro de acopios, pronto rehizo las escuadras: entró triunfante en Nápoles, tras sitio memorable de ocho meses; arrojó del reino a su competidor; logró sobre la misma isla de Ponza, en que fué prisionero, solemne desquite tomado por su almirante Bernardo de Vilamarí (1453), el cual tuvo en apuro a la ciudad de Génova y contribuyó a ponerla bajo la dependencia de Milán.

No se llevan a cabo empresas de la calidad indicada sin poderío en el mar, procurado con mucho empeño por don Alfonso, a fin de no encontrar barrera en las escuadras juntas de Génova y Venecia, que compartían por entonces el dominio del Mediterráneo. Las suyas no enmohecieron las anclas. Poco afortunadas al principio (1418) en una correría contra Argel, sufrieron sublevación en la levantisca isla de Gerves (1432) y en la de los Quenquenes y en la Costa de Túnez proveyeron a las galeras de remeros esclavos, aplicando a la piratería, por remedio, procedimientos semejantes a los suyos.

De la iniciación de un poderío nuevo; de la aparición de la insignia de los turcos, media luna en el cuarto creciente, escaso aprecio se hizo en general, como de tempestad lejana. Supo él con pesar la pérdida de los ducados de Atenas y Neopatria, arrancados a los descendientes de los almogávares que los conquistaron. A poco llegó nueva de la rendición de Constantinopla (1453) y envió socorros a Jorge Castriota, señor de Albanda. Superior esfuerzo no se hizo: bien que el pontífice Nicolás V promoviera cruzada en que convinieron Milán, Florencia y Venecia, mereciendo don Alfonso la designación de caudillo (1456), la empresa se frustró.

Tuvo el Rey intervención en otro asunto enredoso que de muchos años atrás turbaba la tranquilidad de las conciencias, como se ha insinuado: el Cisma de la Iglesia. Desde principios del siglo era objeto de atención preferente y se reunió en París un Congreso (1401) al que asistieron embajadores de Aragón y de Castilla. Don Fernando, *el de Antequera,* habidas negociaciones con el emperador Segismundo y el rey de Francia, y vistas con el último en Perpiñán, se separó de la obediencia de Benedicto XIII, dejando de darle protección una vez convencido de que a nada cedía la enérgica voluntad aragonesa de aquel nonagenario encastillado en Peñíscola. Aun después de su muerte (1423) siguió Gil Muñoz titulándose Clemente VIII, como sucesor suyo, hasta 1429, en que, conseguida la renuncia, tuvo unión y paz la Iglesia con un solo pastor: Martín V.

Falleció Alfonso V en Nápoles (1458), dejando el cetro de aquel reino a su hijo natural Fernando, y el de Sicilia, con Aragón, a su hermano Juan II, harto ocupado desde el momento en defender los propios dominios contra Renato de Anjou, Luis XI de Francia y genoveses, para pensar en actos externos. No obstante, su almirante Vilamarí, manteniendo el concepto de la marina militar con renombre, libró a los caballeros de Rodas de la primera acometida de los turcos.

A don Fernando II, hijo y sucesor, estaban reservados grandes acaecimientos, inaugurados al enlazarse con doña Isabel de Castilla y unirse, en consecuencia, los reinos componentes de la nacionalidad española.

CASTILLA.

La antigua confederación con Francia, en virtud de convenio por el que Castilla se había obligado a suministrarle contingente de fuerzas navales, obligó a tomar parte activa en la contienda de aquella nación con In-

glaterra, enviando escuadras a las órdenes de Pero Niño y de Rubín de Bracamonte, que dieron de firme en las costas enemigas, en campañas repetidas, durante las que volvió a tomarse la plaza de la Rochela y sucumbieron las de Burdeos y Bayona, influyendo grandemente en la reconstitución de la patria, si bien es de advertir que al resultado contribuyó, en las islas Británicas, la guerra intestina llamada de las Dos Rosas.

Cambió luego el giro de las relaciones por el proceder de Luis XI, enderezado a crear complicaciones en el Rosellón, en Gascuña y en Portugal. Hubo por corolario aproximación a Inglaterra y Bretaña por medio de convenios y de concesiones mutuas (1459), llegando a rompimiento definitivo con Francia con motivo de aliarse con Portugal y sostener las aspiraciones de su monarca a entronizarse en Castilla por derechos supuestos de doña Juana (con la que se desposó) a la sucesión de Enrique IV.

Decidido el litigio por las armas en la batalla de Toro (1476), con el tratado de paz quedó dilucidado el subsistente por rivalidad de portugueses y castellanos en la navegación y comercio por la costa de Africa, fijando entre las cláusulas que el señorío de Guinea, desde cabo Bojador hacia el Sur, con las islas de Madera, Azores y Cabo Verde fueran para los primeros, y las Canarias y costa frontera para Castilla.

Las Canarias no debían serle discutidas en justicia. Desde el siglo anterior las visitaban mareantes guipuzcoanos, por cuyas referencias Rubín de Bracamonte, señor de Fuentesol, solicitó del Rey la conquista de las islas, bien por su persona, bien por la de su pariente Juan de Bethencourt, empezándola éste en un navío que partió de Cádiz (1402) con normandos, gascones y andaluces en mescolanza. Consiguió reducir a las islas menores, Lanzarote, Gomera y Hierro; no así a las grandes, ante cuya resistencia desistió, traspasando sus

derechos a Hernán Peraza. De éste los rescató la reina doña Isabel, tomando para sí la empresa de la reducción bien ordenada, con lo que el Archipiélago quedó incorporado a la Corona.

¡Cuántas anexiones más había de conseguir la política hábil de unificación! Por su matrimonio con el rey de Sicilia la preparó para borrar las fronteras de Aragón; con la fuerza destruyó las de Granada; con la clarividencia se proponía y consiguió romper las de lo desconocido.

Pero antes de lo último intentó en vano amparar a los heroicos caballeros de San Juan en el final asedio de Rodas, por Mahomed II (1480). Con el emperador Maximiliano, con Inglaterra y Navarra, enderezó contra el rey de Francia dos expediciones a Bretaña, que no resultaron tampoco venturosas (1491).

Carlos VIII, hijo de Luis XI, soberano de esta nación al presente, habiendo escrito en las banderas, a manera de programa, *Rex Regum, Dominus dominaretium,* reivindicando los derechos de la rama de Anjou, invadió a Italia con ejército incontrastable (1494) y se hizo dueño de Nápoles, entrándola a saco. Por ello, y en favor de la sucesión de Alfonso V de Aragón, salió de Málaga armada con seis mil hombres, núcleo sin importancia, a no guiarlo Gonzalo Fernández de Córdoba, amigo de la Victoria y de la Fama que le habían de adjudicar el sobrenombre de *Gran Capitán.* En un año anuló el poder ficticio de Francia en la mar, recobró el botín de Nápoles, repuso las cosas en el estado en que anteriormente estaban.

Un suceso de género distinto: el concierto matrimonial de los infantes don Juan y doña Juana con los archiduques de Austria, Margarita y Felipe, hijos del emperador Maximiliano, dió ocasión al soberbio alarde de la monarquía de Castilla, en la decisión de enviar a Flandes 120 naves de alto bordo y 15.000 solda-

dos de desembarco por convoy y escolta de los Príncipes.

Por breve que sea el presente resumen, no debe omitir circunstancias que concurrieran a determinar el espíritu de expansión nacional. Hubo de influír en las incursiones de Africa un libro de fraile franciscano, anónimo, con título de *Conoscimiento de todos los regnos e tierras e señoríos que son por el mundo,* del que varias copias manuscritas se conocen. Don Enrique III envió a Oriente en embajada a su camarero mayor Rui González de Clavijo (1403), quien, al regreso, excitó la curiosidad con otro libro de *Historia del gran Tamerlan, con la descripción de las tierras de su imperio y señorío.* Tercer escrito, *Andanzas e viajes de Pero Tafur,* obra de un cortesano de don Juan II, con narración de los que hizo a través de Siria, Egipto, Tartaria, Turquía, Grecia, Italia, Suiza, Flandes y Alemania (1435), contribuyó a ilustrar los ánimos entretenidos de continuo con el contacto de peregrinos a Santiago de Compostela, llegados por mar, en bandas, de Flandes, Alemania, Dinamarca, Suecia e islas Británicas en número considerable e influyente en el comercio de las ideas.

Hora es de recoger una alusión que en el orden de fechas queda preterida.

Cristóbal Colón, genovés, que desde Lisboa vino a Castilla sin más bagaje que el de los pensamientos, pretendía insistentemente en la Corte que se le facilitasen medios "para alcanzar el Levante por el Poniente"; es decir, para llegar por el camino indicado por el sol en su ocaso a las regiones del Ofir de Salomón; a las tierras del Catay descritas por el viajero veneciano Marco Polo; al origen de producción de la especiería, manantial del comercio, con el que se habían engrandecido las repúblicas de Italia.

Estribaba el proyecto en erróneo cálculo de dimen-

siones de nuestro planeta, y muchas objeciones encontró entre los hombres de ciencia y de letras, que por encargo de los Reyes lo examinaron; no faltaban, con todo, amigos de novedades o de aventuras que lo aceptaran y que, contra la opinión de don Fernando, aconsejaran a su esposa ensayarlo por cuenta y riesgo de Castilla. Dos dificultades esenciales, de las que la empresa estuvo pendiente: la exorbitancia en las condiciones de remuneración que el extranjero ponía, la voluntad de gente que se arriesgara en mar inexplorado, se vencieron; el segundo, el de la realidad del viaje, en el alma grande de Martín Alonso Pinzón, que *por hacer lo que otro hombre no hiciera,* o sea por aspiraciones de honra y fama, arrastró a sus hermanos, armadores de la villa de Palos, juntamente con deudos y amigos, y facilitó cuanto era necesario.

Una nao y dos carabelas con poco más de cien hombres salieron del Puerto de Palos, corriendo el mes de agosto de 1492; las carabelas regresaron al mismo en marzo del año siguiente, con nueva de haber encontrado tierras nunca vistas, con gentes de otra raza, con arboledas, aves y frutas a maravilla. Colón, persuadido de haber llevado a cabo lo propuesto, tuvo recepción afectuosa de los Reyes, obteniendo superiores elementos con que verificar más viajes por el mismo camino. Al narrarlos el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo decía:

"Aunque todo lo escrito y por escribir en la tierra perezca, en el cielo se perpetuará esta hazaña."

SIGLO XVI

La historia de España abarca en este siglo a la general de Europa y aun a la de otras partes del mundo, en tanto modo que más difícil que referir la intervención que ejerció en otras naciones fuera indicar en cuáles no intervino y qué territorios dejaron de hollar sus gentes.

Observación preliminar de importancia es que habiendo sido Aragón y Castilla potencias marítimas significadas de por sí, juntas dejaran de serlo, no por fenómeno inexplicable; por resultado de determinaciones gubernativas que cortaron el gallardo vuelo a las respectivas expansiones náuticas, justamente cuando por todas partes, especialmente en Turquía y en Inglaterra, se procuraba darles crecimiento. Continuaron, sin embargo, su carrera gloriosa por espacio largo, antes de que la decadencia se hiciera palpable.

Habiéndose hecho dueño Luis XII de Francia del Milanesado, con aspiración a la preponderancia en Italia, propuso y concertó con don Fernando el Católico convenio secreto que tenía por objeto la partición del reino de Nápoles entre ambos, de manera que fueran para el primero la tierra de Labor y el Abruzzo, que le llevarían títulos de rey de Nápoles y de Jerusalem, y para la Corona de Aragón y Castilla, la Pulla y la Calabria, con el más modesto dictado de Duque (1500).

Al efecto de la posesión entraron en campaña las tropas francesas con armada auxiliar de genoveses, a tiempo que Gonzalo Fernández de Córdoba partía con segunda expedición, enderezada en voz pública a detener los pasos de los turcos, juntamente con la escuadra de Venecia. Dirigióse, en efecto, a Cefalonia y debeló la fortaleza por asalto; mas de allí se trasladó a Sicilia, y levantado el velo, comenzó la obra por el sitio memorable de Tarento (1502).

No tardaron en ocurrir desavenencias con franceses: apoderados de su parte quisieron la del león, consiguiendo quedarse sin ninguna. Gonzalo de Córdoba, sirviéndose de la organización, de la disciplina y de la táctica, o sea de su genio militar, hizo del soldado español tipo de superioridad incomparable con cualquiera otro, demostrada en las batallas de Barleta, Ceriño-

la y Garellano, entre las varias que decidieron la campaña con desalojo completo de enemigos (1504).

Murió en esto la reina Isabel, de excelente memoria. Doña Juana, viniendo de Flandes con el archiduque Felipe, su marido, hizo escala en Inglaterra, aprovechada para ver a su hermana menor, Catalina, y estrechar relaciones con su esposo el rey Enrique VIII. Se reconcilió don Fernando con el rey de Francia, contrayendo segundas nupcias con su sobrina Germana de Foix, aunque pusiera en peligro la unión española: fué a Nápoles con objeto de asegurar la buena voluntad de los magnates; celebró con Luis XII vistas en Saona, a fin de acordar una política de conveniencia mutua, y recobrando el gobierno de Castilla por fallecimiento del Archiduque, acarició nuevos planes, dirigidos más bien que secundados por el Cardenal Jiménez de Cisneros, según el pensamiento de doña Isabel, que hasta última hora se fijó en las tierras que sustentaban al Atlas como las que debían ser objetivo de los destinos de España.

Dispuesta la empresa militar en Málaga y en Cartagena, marchando en persona el Cardenal con la del conde Pedro Navarro por soldado, se arbolaron las enseñas en Orán, con lo que gritó la hueste, dando a entender el concepto popular de la jornada, "*Africa por el rey don Fernando*" (1509).

La represión de los berberiscos se consideraba tanto necesaria como ventajosa, visto el desarrollo de la piratería anidada en aquellas costas, con grave detrimento de las nuestras, sostenida por los moriscos que salieron de Granada y por el calor que a sus algaradas prestaba el Gran Turco.

Pedro Navarro agregó a la conquista de Orán las de Bujía y Trípoli (1510), y aunque no todas las acciones resultaron igualmente prósperas, no olvidando su fracaso en los Gelves, donde murió don García de To-

ledo, hijo del duque de Alba, sometidas a reconocimiento y tributo Argel, Túnez y Tremecén; sujetas Melilla, Cazaza y el Peñón de la Gomera, la opinión reflejada por Pedro Martín de Anglería, expresaba: "¡Oh, hazañas dignas de alabanza! ¡Nada hay ya arduo ni difícil a los españoles: atemorizan al Africa y la llenan de espanto!"

Ideaba don Fernando prolongar la carrera triunfal yendo con su persona hasta Egipto, hasta Siria si era menester, sujetando la costa y deteniendo el progreso de la Media luna, sin contar con los entorpecimientos que a él mismo habían de crear y suscitaban el Emperador del Norte, Portugal, Francia, Navarra, cada cual por su lado. Principalmente distrajeron a su gran proyecto los asuntos de Italia, siempre enredosos. El Papa, el Emperador y el rey de Francia se entendían entonces para abatir la soberbia de Venecia, a reserva de disputarse los despojos. El de Aragón aceptó parte en ésta, que se nombró Liga de Cambray, optando a los beneficios no exentos de contras. Lo mismo que en los tiempos de Alfonso V, cambiaban las confederaciones a cada suceso modificador del equilibrio entre los beligerantes. El amigo ayer se convertía en adversario mañana, acaeciendo por las mudanzas, que en los campos de Rávena fueran los españoles vencidos y prisionero el aguerrido jefe Pedro Navarro (1512).

Ganaron franceses la batalla, perdiendo, no obstante, la campaña, lo cual no suele ser raro. Reforzó la Liga Enrique de Inglaterra por influencia de su suegro; don Ramón Cardona, virrey de Nápoles y comandante del ejército, se sobrepuso; restableció a los Médicis en Florencia; destrozó a las tropas venecianas; insultó a la capital, lanzando algunos proyectiles desde lejos, y acabó por expulsar a los franceses de Lombardía (1513).

Por otro lugar fué sometida Navarra y agregada al conjunto grande de la Monarquía, de forma que en

todo hubiera motivo de satisfacción, a no aparecer en la mar el corsario Barbarroja, azote de cristianos, señor en breve de Argel, de Túnez y Tremecén, por ser los españoles, de tiempo inmemorial, más afanosos en adquirir que en conservar.

Con tamaña novedad se inauguraba el reinado de Carlos I, fallecido don Fernando y pendientes muchos cambios en las personas a cuyo cargo habían estado los primeros papeles. Una de ellas, Maximiliano, transfería a su nieto la corona imperial que había de sustituír a su nombre numerado el de Carlos V, proporcionándole a la vez rivalidad y lucha sin término con Francisco I de Francia (1519).

En Italia, donde principalmente tenía que significarse, fué éste arrojado de Milán y de Génova, y no tuvo mejor suerte en Flandes ni en Navarra. Debía esperarse que así sucediera, teniendo su ambición enfrente al Papa, España, Venecia, Inglaterra, Austria y Milán. Emprendedor obstinado, sin embargo, ante los muros de Pavía cayó en manos de los soldados del Emperador (1525), que le trajeron prisionero a Madrid, y como el aspecto de tan gran poderío alarmara a los confederados y con el pretexto perpetuo de equilibrio formaron liga nueva; se supo con universal asombro la entrada de los imperiales a saco en Roma, y el cautiverio de Clemente VII, si pontífice, potentado italiano, alma de las alteraciones (1527).

Como episodio de interés en la guerra merece referencia que habiendo perdido la escuadra y la vida don Hugo de Moncada en batalla verificada en el golfo de Salerno (1528), diera la derrota prepotencia en la mar y en toda Italia al Emperador, por haber tomado a su servicio a Andrea Doria, al separarse él, agraviado, del de el rey de Francia. El hecho dejaba a esta nación sin marina, sin el puerto y sin el territorio de Génova, que se sumaban a España, aunque no sin los in-

convenientes de entregar el servicio naval a manos mercenarias con grave carga sobre el Erario, lo que en el particular constituía retroceso a los tiempos de don Sancho *el Bravo*.

Hubo forzosamente paz (1529) utilizada por don Carlos, no para descanso en su movilidad ni para reparo de su hacienda, sino para atender a necesidades diferidas. Los turcos se habían aprovechado bien de la distracción y la discordia entre los príncipes cristianos. Mientras el Gran Sultán asediaba a Rodas y destruía aquel baluarte avanzado que guardaban los caballeros de San Juan (1523), Barbarroja hacía de las suyas fortificándose en Argel y en el Peñón de los Vélez, después de cobrarlos. Avanzó luego Solimán por Hungría y Bohemia, hasta las puertas de Viena, amenazando con el empuje de los 300.000 hombres de su ejército a la Cristiandad entera, y don Carlos le obligó dos veces a la retirada (1529) atacándole de frente y por la espalda. En ésta, por modo de revulsivo, cedió a los hospitalarios de San Juan la isla de Malta, a fin de que prosiguieran los fines de instituto, y enviando a Doria con la armada a Grecia se apoderó de Coron, en Morea, y dejó bien fortificada la plaza (1532).

En Barcelona reunió el Emperador potentísima armada, con la que se dirigió a Túnez para ofrecer al mundo otra muestra de vigor y empuje. La plaza, el puerto de la Goleta y la escuadra de Barbarroja, por completo, se rindieron a sus banderas (1536), tras lo cual, pasando a Roma y tomando parte principal en liga con el Papa Paulo III y venecianos, navegó la armada hacia Prevesa, en el golfo de Arta, donde la de los turcos se encontraba y donde ni Doria ni Barbarroja, los dos más grandes marineros de la época, mostraron ganas de pelear, contentándose con insignificantes escaramuzas.

Quizá por ello quiso el Emperador asistir a nueva

jornada dispuesta contra Argel, no presumiendo que los temporales dieran cuenta de ella, causando enorme desastre en el que gentes y barcos perecieron, con indecible emoción, pues que llegó a temerse estuviera el César mismo entre los desaparecidos, viendo pasar el tiempo sin noticia de su persona (1541).

Pensando el rey de Francia que su rival quedaría necesariamente quebrantado después de la desdicha, rompió la tregua existente y la guerra otra vez en Flandes, en Piamonte, en Perpiñán, en inteligencia con Dinamarca y en alianza impía, en pacto odioso con el Turco, a cuya devastación por mar dejaba las costas de Italia y de España, mientras por tierra abría de nuevo el acceso a Hungría (1542). El contubernio no produjo, sin embargo, el éxito deseado por el rencor. A los dos años o campañas de verano, por cansancio y disgusto de los beligerantes, firmaron la paz en Crespy, sin que hicieran acometida de consecuencia (1544), lo cual no fué óbice para que la piratería de los berberiscos siguiera en auge y por ella se volvieran a perder Trípoli y Bujía, desoído el dictamen de hombres pensadores que por conducto del Marqués de Mondéjar tenían dicho al César (1538): "Según el estado en que las cosas están, ninguno podrá tener dudas sino que así para la defensa de sus reinos y estados y de toda la Cristiandad, como para la ofensa de los infieles, a S. M. conviene hacerse señor del mar."

A otro enemigo impensado, a la Reforma, o sea herejía de Lutero, que había trastornado, puesto en conmoción y aun en anarquía a Alemania, afrontó el Emperador (1530), combatiéndola por diversos modos, ensayado que fué inútilmente el de la persuasión en la dieta de Augsburgo, y en el Concilio de Trento, asambleas donde brilló la elocuencia de los prelados, los teólogos, los jurisconsultos, en prueba de no desdecir en España la ciencia ni las letras de las armas. A ellas, por úl-

timo argumento, fué preciso dejar la decisión de la contienda, quedando destrozados, si no extinguidos, los protestantes en la batalla de Muhlberg (1547).

Desde la cúspide de la reputación y de la gloria maravilló todavía don Carlos con el vencimiento de su propia grandeza, al abdicar el cetro en el príncipe don Felipe, su hijo, ya por entonces investido con la soberanía de Nápoles y casado con María Tudor, reina de Inglaterra, en cuya corte había residido, para encerrarse por expresa voluntad en el monasterio de Jerónimos de Yuste (1556).

Pasó la corona imperial de este vivo recuerdo de Carlomagno a su hermano Fernando, dejando, no embargante al príncipe Felipe, la más grande y poderosa monarquía del mundo. Desde el momento era rey de Castilla, de Aragón y de Navarra, en la Península; de Nápoles, Sicilia, Cerdeña y Milán, en Italia; de los Países Bajos y el Franco Condado, titular de Inglaterra; poseedor de regiones en Africa, en América y en Asia, de extensión tal que con verdad decíase que en sus dominios no se ponía el sol. Heredó, con todo ello, el espíritu de su padre, la inquebrantable decisión de ser, como él, campeón de la Fe, interpretando bien el sentimiento y los ideales de sus súbditos, y llegando a ser, por consecuencia, uno de los Soberanos más populares y más respetados y queridos a la vez.

Continuaba la guerra continental. Enrique II de Francia y el Papa Paulo IV la sostenían tenazmente, sin curarse de reveses y sin empacho en el primero para auxiliarse de los turcos. De resultas fueron invadidos los estados de la Iglesia; sufrió Enrique en Nápoles y en Flandes, constriñéndole las derrotas de San Quintín y de Gravelinga, que ponían a los españoles a las puertas de París a solicitar la paz que se firmó en Chateau-Cambresis (1559).

Turcos y berberiscos hicieron, en cambio, horrores

en las costas de Italia e islas Baleares; rindieron en los Gelves ejército y escuadra, con gran pérdida de España y menoscabo de la reputación militar (1560), sitiaron a Mazalquivir; colmaron de cautivos las mazmorras de Constantinopla y Argel. El Sultán, que aspiraba al dominio absoluto del Mediterráneo, determinó luego el asedio de Malta con fuerzas de mar y tierra, a las que no hubiera semejantes que oponer. Por dicha, don García de Toledo, con muchas menos acudió al socorro, y los generales otomanos Pioli y Mustafá tuvieron que dar vuelta a los Dardanelos, dejando en la isla 30.000 cadáveres y lo que ellos más tenían que sentir: la evidencia de no ser los turcos invencibles en el mar (1565).

Acabó por entonces la asamblea que se cuenta entre los sucesos más notables del siglo: el Concilio de Trento, debiéndose al rey de España la conclusión, a la que muchísimas dificultades se ofrecieron (1563).

La Santa Liga predicada por el Pontífice Pío V, constituída con sus recursos, los de Venecia y los de España en superior cuantía, agrandó el nimbo deslumbrador de sus glorias, produciendo el choque horroroso de Lepanto, con que realmente cambió en sus fases la luna mahometana, entrando en el cuarto menguante. 190 galeras destruídas o apresadas, de 20 a 30.000 muertos, 5.000 prisioneros, 12.000 cautivos rescatados sirvieron de palmas a don Juan de Austria, generalísimo de la Liga (1571).

Tan grande era el poderío de la marina otomana, que aún le quedaron medios con los que Uluch Alí, discípulo e imitador de Barbarroja, recuperara a Túnez, llevando al asalto de los fuertes 330 velas con 70.000 hombres. Sin embargo, no eran suficientes para impedir que el imperio bajara por plano inclinado.

Sucumbió en jornada de emulación al Africa el rey don Sebastián de Portugal, dejando vacío el solio que,

por derecho de sucesión, a don Felipe correspondía. Algo tuvo que ayudarle con habilidad y fuerza, que no siempre el derecho por sí solo prevalece; en resumen, lo ocupó (1580), dando sanción al hecho la batalla naval bizarramente ganada en las islas Terceras por don Alvaro de Bazán, rayo de la guerra, contra mayor número de naves francesas (1582).

Realizábase, al fin, la completa unificación de la Península, siempre deseada y repetidamente pretendida por los medios naturales de enlace de los príncipes: ensanchábanse aun más los dominios españoles, agregadas las posesiones de la India, de Africa y del Brasil, que eran espaciosas colonias lusitanas.

En dirección septentrional, como en cualquiera de los otros puntos cardinales se sentían, en verdad, calamidades. No cabe desconocer que si don Felipe recibió en Flandes hermosa campiña, en puridad heredaba campo de batalla. La perturbación producida por las ideas religiosas y políticas de Lutero y de Calvino originó conflicto en el que lidiaron el Catolicismo, mantenido por el hijo del Emperador, contra el protestantismo, que patrocinaban holandeses, ingleses, escoceses, franceses, alemanes y escandinavos, llegando a ser la lucha, empezada con pretextos especiosos, guerra europea general de ideas, guerra implacable en la que las más de las potencias eran contrarias a España, de cara o solapadamente. Ni los tesoros del Nuevo Mundo, ni la capacidad de capitanes de prestigio, ni las admirables condiciones del soldado lograban reprimir lo que encarnaba en el espíritu. Aunque hicieran prodigios, que tales parecen los de batallas y sitios registrados como ejemplares en la escuela de Marte, ni podían desarraigar las creencias, ni embarazar que cada día y de todos lados llegaran al enemigo refuerzos y recursos.

Daba sobre todos aliento a la conflagración la reina Isabel de Inglaterra, hermana y sucesora de María Tu-

dor, pero en nada parecida a ella. Erigiéndose en cabeza de la herejía; persiguiendo cruelmente a sus súbditos católicos, alimentaba inquina terrible contra su cuñado, al que infería agravio sobre agravio, con protestas amistosas que no creía se opusieran a la ingerencia en Flandes. Don Felipe, tras mucho contemporizar, trató de desengañarla preparando armada tan potente que, en opinión del vulgo, era *Invencible* y que había de invadir y sojuzgar el reino (1588). Vencida y despedazada fué, no obstante, por ineptitud del Duque de Medina Sidonia, que no supo regirla, no sólo por los temporales a que se atribuyó el fracaso y, por supuesto, menos por acción de los ingleses atemorizados, que no se daban cuenta de la ventura con que la Providencia les había favorecido. Dispusieron, eso sí, en represalia, acometidas en grande escala a la Coruña y a Lisboa (1589), teniendo descalabros poco menos dolorosos que el de los invasores suyos.

Auxiliar y amigo de Isabel, adalid en Francia de los protestantes, que allí se nombraban *hugonotes,* era Enrique, rey de Navarra, temible adversario, con el que los soldados españoles tuvieron que entender a menudo; en Bretaña, en el cerco de París, en Picardía; en la toma y defensa de Amiens, ya titulado Enrique IV de Francia, y capitán apto para oponerse a las proezas de mayor admiración.

Sin duda ninguna aprovechó a los rebeldes de Flandes el despego de Felipe II a la marina: lo mismo que su padre, el Emperador, no dió oídos a los consejeros, entre cuyo número el que fué secretario de Estado, Annio Pérez, encerraba a la política en tres palabras: *Secreto, Piélago, Roma.* Teniendo las provincias de Holanda abierto y libre el Océano, en sus aguas saladas se procuraron sustento, riqueza, poder, metamorfoséandolas la gente que en un principio a sí misma se calificaba de *mendiga,* en población industriosa y sufrida, capaz en pocos años de tomar la ofensiva contra sus se-

ñores y arrojarse, en unión de los britanos, al ataque de la plaza de Cádiz, que saquearon, llevándose las campanas de las iglesias y aun las rejas de las casas (1596).

Segundo armamento destinado a las costas de Inglaterra, bajo la dirección del adelantado de Castilla, don Martín de Padilla, no tuvo mejor suerte que el primero; sembró de despojos las playas de Galicia (1597), marcando el fin de las campañas acabadas con la paz de Vervins (1598).

Don Felipe se persuadió de las dificultades que renacían al querer sujetar por las armas a los Estados Bajos, y discurrió otro medio: la abdicación de la soberanía en su hija predilecta Isabel Clara Eugenia, casándola con el archiduque Alberto. No por ello dejó de ser aquella tierra carga gravísima de la nación.

Indias.

El descubrimiento que hizo Cristóbal Colón en 1492 y en tres viajes sucesivos, viendo tierra firme, fué alcanzando proporciones de consideración.

Desde el momento de conocer la nueva solicitaron los Reyes, que por el hecho habían de recibir dictado de *Católicos,* posesión de los países, de buen grado concedida por el papa Alejandro VI, quien, en previsión de cuestiones con los portugueses, señaló como divisoria de adquisiciones una línea de polo a polo; esto es, un meridiano que pasara cien leguas al Oeste de las islas de Cabo Verde. Tal designación no satisfizo a los vecinos, estimándola contradictoria del Tratado de Conquistas de 1479, por lo que entablaron negociaciones, alcanzando de la condescendencia y buena fe de los Soberanos de Castilla, que el meridiano se alejara a 370 leguas de las referidas islas, variación estipulada en Tordesillas (1494).

A Valladolid vino a morir el ilustre marino genovés

(1506), creyendo siempre haber alcanzado las regiones asiáticas del Gran Kan. En pos de él navegaron Ojeda, Guerra, Bastidas, Alaminos, por el centro; Vicente Yáñez Pinzón, Lepe, Solís, por el Sur; Ponce de León, Miruelo, Ayllón, Esteban Gómez, en dirección opuesta, abarcando entre todos la enorme amplitud de costas que miraban a Oriente en las mencionadas regiones. Vasco Núñez de Balboa admiró de nuevo al Orbe penetrando por ásperas sierras de su parte media hasta dar con un mar inconmensurable; mar que nombró del Sur por la orientación en que se ofreció a su vista y para distinguirlo del Atlántico, dejado a la espalda.

Equivocado anduvo, pues, el primer Almirante de las Indias, e impropio a todas luces era este nombre con que se habían dado a conocer; ahora bien, no encontrando a Zipango ni al Aureo Quersoneso; no confirmándose que formaran parte del Asia, ¿qué tierras eran aquéllas agregadas a la Corona de Castilla? Constituían Continente: eran de mundo nuevo, con el que se duplicaba el conocido de los hombres antiguos; mundo tan distante del Asia como del que ahora empezaba a nombrarse Viejo, y esto vino a saberse tan luego como las naves castellanas, llevadas por encima de la Cordillera al dicho mar del Sur, bajaron hacia el Austro, gobernadas por Niño, Ruiz, Ladrillero; subieron por el lado opuesto, llevadas por Alvarado, Alarcón, Vizcaíno; cuando bosquejados en el mapa los cabos sobresalientes, cien y cien exploradores rellenaron los huecos y perfilaron el contorno desde Alta California y los Bacallaos hasta el Estrecho a que Magallanes dió su nombre, con imponderables trabajos y consumo espantoso de vigor y vidas.

En el interior, Cortés, Pizarro, Almagro, Jiménez de Quesada, Benalcázar, conquistaron imperios populosos, inscribiendo sus nombres en el libro de la inmortalidad, y como ni para ellos ni para los que les seguían presentaron obstáculos infranqueables, raudales, cor-

dilleras, páramos, falta de alimentos ni sobra de fatigas, con labor gigantesca, encendieron entre millones de almas las luces del Evangelio y de la civilización.

Que aún había más allá, indicaba el mar ancho: sus aguas surcaron por las dos extremidades de lo apropiado, Magallanes y Loaysa, Saavedra, Villalobos, Urdaneta; otra legión de nautas incansables, siguiendo el rumbo del Occidente soñado por Colón, y hallaron todavía otra parte del mundo: la quinta, la oceánica.

Por ese mismo rumbo tornó a España Sebastián del Cano, sin encontrar más; no más secreto guardaba el planeta terrestre que habitamos. Su nao se llamaba *Victoria*.

Así los españoles aportaron a la ciencia geográfica considerable enseñanza y fundaron la oceanográfica, observando el régimen de las corrientes aéreas y acuáticas.

Conquistó Miguel López de Legazpi las islas Filipinas para centro de acción en aquellos remotos lugares del globo, espaciándola a favor de relaciones comerciales o de conveniencia con China, Japón, Borneo, Molucas y Célebes. El espíritu aventurero inspiró jornadas y viajes no menos admirables que las indicadas en cualquier paraje. Blas Ruiz de Hernán González, con poca compañía, señoreó los reinos de Camboja y Siam por breve tiempo y sin empeño grande, toda vez que el espacio superaba ya con mucho a las aspiraciones y la población española resultaba escasa para guardar tantos y tan dilatados espacios.

Mucho pesó esta razón en las vicisitudes, asociada con las propensiones de la naturaleza humana. La prosperidad despierta ordinariamente envidia y animadversión entre los que no la comparten. El imperio determina siempre oposición y resistencia.

Empezaron a verse en las Indias corsarios franceses hugonotes; después, a medida que la riqueza se manifestaba y crecía la marina de Inglaterra, aparecie-

ron contrabandistas, negreros y piratas de esta nación; se constituyeron sociedades y compañías con estatuto de rapiña, figurando la reina Isabel y sus magnates como accionistas o gerentes; al fin, motejando a los españoles de codiciosos, grandes escuadras se armaban, excitadas por la codicia, para despojarlos violentamente de lo que habían ganado, enviándolas al asalto de ciudades recientemente edificadas y no bien protegidas y, sobre todo, al acecho de las flotas de la plata que sobre los britanos ejercían atracción fascinadora. De aquí legítima defensa, represión, castigo; en suma, sangre y guerra, como en todas partes.

SIGLO XVII

Como era de presumir, no por el cambio operado en la soberanía de Flandes cesaba la agitación. Persistiendo las causas era natural que siguieran los efectos. Don Felipe III proveía recursos que no impidieron la derrota del príncipe Alberto en la batalla de las Dunas, ni alcanzaron la mejoría de los asuntos, siendo Isabel de Inglaterra, como siempre, instigadora principal.

Decidida, por lo mismo, expedición a Irlanda, que solicitaban los católicos de la isla con oferta de levantar a la población en masa si se les daban armas, el maestre de Campo don Juan del Aguila condujo cuerpo de 6.000 hombres, que se fortificó en Kinsale, extendiendo la ocupación a los pueblos próximos; mas el tiempo pasaba sin que los naturales cumplieran su propósito, y afrontada entre tanto la tropa por fuerzas inglesas superiores, hubo de capitular honrosamente y volver a España (1602).

A poco concluyó la vida de Isabel: suscribió paces su sucesor Jacobo y dió por aquella parte respiro utilizado para estrechar el sitio de Ostende, plaza importante que se rindió después de prolongar tres años la

defensa y de ser causa de que perecieran 100.000 hombres en ambos lados (1604). La conquista dió a conocer a Ambrosio Espínola como uno de los capitanes de su tiempo.

No tardó en alcanzar esta victoria lo que el cansancio venía preparando: la suspensión de hostilidades; una tregua ajustada por doce años, que en puridad reconocía la independencia de los estados hasta entonces tenidos por rebeldes; que humillando a los señores empeñados en la dominación, tenía que ser mal recibida por la opinión, sin que la necesidad la persuadiera (1609).

¡Qué diferencia entre las provincias de Holanda, sujetas por el Duque de Alba, y las que ahora imponían su voluntad! Por su estadística contaban 38.000.000 millones de florines de ingreso por mar, a que contribuían 240.000 marineros y 22.000 embarcaciones.

Con 74 de las de guerra había despachado la primera expedición militar determinada por sí solas; saqueado a la ciudad de las Palmas y a la Gomera, en Canarias (1601), dando a entender que en lo sucesivo no se mantendrían abrigadas entre los bajos de Flandes, sino que se las vería en todas partes, en las más lejanas. Se alargaron, en efecto, al mar del Sur y a las Filipinas, por donde, en un año, hicieron más que en un ciento los españoles y los portugueses, sentando los cimientos de imperio colonial.

Evidentemente tenían que experimentar quiebras. Don Luis Fajardo las derrotó a la boca del Tajo, en Araya, en el Estrecho de Gibraltar; mas por vez primera vencieron a nuestros galeones en la bahía de este nombre (1607) aparejados como estaban a todas las eventualidades.

Los casamientos del príncipe don Felipe con Isabel de Francia y del rey Luis XIII con la infanta Ana de Austria, la concurrencia de ambas Cortes y la celebración de fiestas (1612) hicieron concebir esperanzas

de tranquilidad, poco duraderas. Turbólas la ambición del Duque de Saboya, Carlos Manuel, que, dándose el título de libertador de Italia, pensaba buenamente ensanchar sus estados, contando con la ayuda encubierta de venecianos y hugonotes franceses (1615). Tuvo duro desengaño.

Ocurrió con este motivo un suceso con circunstancias misteriosas, no aclaradas aún por la historia; la conjuración de Venecia, enderezada, según se decía, a sorprender y aniquilar de un golpe a la Señoría, generalmente aborrecida por sus arteros procedimientos (1618).

El plan se atribuyó al Duque de Osuna, a la sazón Virrey de Nápoles, que era hombre dispuesto para cualquier empresa. Había armado y mantenía marina propia suya, con la que dominó en Levante, causando graves daños a turcos y berberiscos. Con el gobierno de Venecia tuvo cuestiones, y enviando al Adriático sus bajeles humilló más de una vez a los de la República: caso excepcional, estando en paz ambas naciones.

Entraron por entonces los soldados españoles en la Valtelina, región confinante con Venecia y con los Alpes, solicitados por los habitantes católicos que padecían de los Grisones vecinos, por eco de la lucha religiosa recrudecida en Alemania. Divididos por allá en dos bandos, Hungría, Bohemia y Transilvania habían negado obediencia al emperador Fernando II, iniciando la que se llamó *guerra de los treinta años*. Un ejército de 8.000 hombres marchó en su auxilio desde Italia, a tiempo que lo hacía otro de 30.000 en invasión del Palatinado, llevándolo Espínola con buen pie, toda vez que, ganada la batalla de Praga, recobró el César el reino de Bohemia.

En el Mediterráneo daban que hacer los berberiscos, interrumpiendo el comercio, sin que la represión les contuviera, aun después de tomarles los puertos de Larache (1610) y la Mámora (1614), guaridas de pira-

tería. Un concierto hecho con Inglaterra, Francia y Holanda, con objeto de armar la persecución (1620), no produjo más felices resultados.

Concluyó la tregua de Holanda en reinado nuevo y no se prolongó, ilusionando a los consejeros de Felipe IV la idea de compensaciones; idea equivocada, como pronto se vió. Sus escuadras merodearon en la costa del Perú al tiempo mismo que en la del Brasil se apoderaban de la plaza de San Salvador (1624); sitiaron al castillo de la Mina, en Africa, y al de San Juan, en Puerto Rico; acecharon sin cesar a las flotas de Indias, consiguiendo apresar una de Nueva España (1628); ocuparon a la isla de Curasao, en Venezuela, y alguna de las Antillas menores; tomaron también a Pernambuco, en el Brasil, e hicieron daño en Filipinas y en las Molucas.

Con objeto de atajarles en las correrías, anduvo don Fadrique de Toledo con fuerte armada y los desalojó de San Salvador (1625). Oquendo los deshizo en batalla naval (1630), repitiéndolo don Lope de Hoces, y esto a tiempo en que por muerte, sin sucesión, de los príncipes Alberto e Isabel, volvían los Estados a la dependencia de España (1633).

Buen aspecto presentaban los negocios de Alemania, alcanzada por Gonzalo de Córdoba, digno descendiente del Gran Capitán, la victoria de Fleurus (1622), tras la cual, el elector palatino Federico, caudillo de los protestantes, tuvo que refugiarse en Holanda y quedó disuelta la unión de su partido.

Carlos de Inglaterra que, siendo príncipe, estuvo en Madrid solicitando con calor la mano de la infanta doña María, despechado, al parecer, por los obstáculos que al enlace se opusieron, desde el momento en que se vió en el solio de su padre, emprendió jornada contra Cádiz, infelizmente para él concluída (1625).

Creyérase, pues, que sonreía la fortuna a Felipe IV en los primeros años de su régimen: en el Perú, Brasil,

la Mina, Puerto Rico, se contaban los descalabros referidos de los holandeses; en Cádiz el tan señalado de los britanos; en Flandes se tomó la plaza de Breda (1626); en Italia, las complicaciones y aun refriegas a que dió motivo la ocupación de la Valtelina, acabaron con tratado en que se reconocía la libertad de este territorio sin que las pretensiones de Saboya y de Francia prosperasen. A la influencia de las armas seguían correspondiendo las de la política y la diplomacia.

Observábanse, no obstante, indicios de cambio en los tiempos, por la alternativa de acontecimientos adversos con los prósperos, y no debían sorprender. Llegada la monarquía española a la cumbre de la grandeza, lo natural era que comenzara a descender, más o menos suavemente.

Gustavo Adolfo de Suecia cambió la faz de la guerra en Alemania, obteniendo ventajas sobre imperiales y españoles (1632) por poco tiempo. Acaudilladas las tropas por el cardenal infante don Fernando, hermano del rey, y juntas con las de Hungría, consiguieron con la batalla de Nordlhingen la ocupación de Baviera y Wurtemberg y la sumisión de casi todos los príncipes heréticos, comenzada por la del elector de Sajonia (1634).

Varias resultaron, asimismo, las funciones en la guerra declarada por franceses en Italia, en Flandes y en nuestras propias fronteras; ganáronse y perdiéronse plazas; invadieron nuestro territorio poniendo sitio a Fuenterrabía; invadimos el suyo por Picardía, poniéndonos tan cerca de París que, con un poco más de resolución, llegaran nuestros soldados a las puertas (1636). Pereció en Guetaria la escuadra española, incendiada; se deshizo el ejército francés en el Bidasoa y en el Rosellón (1638). Sufrimos en el canal de la Mancha, en las Dunas, terrible derrota naval, de los holandeses; entramos por sorpresa en Turín (1689).

Pero inclinábase más y más la balanza: la suble-

vación casi simultánea en Portugal y en Cataluña (1640) no tenía compensación ni remota semejanza con el amago de guerra civil de *la Fronde* en Francia. Aquéllas dieron grandes alientos a los enemigos, presurosos en auxiliar a los alzados, a fin de desunir y debilitar a España. Esta auxilió también cuanto pudo a los jefes rebeldes suyos, si bien con objeto de conseguir la paz.

Decidió nuestra suerte en Flandes la funesta batalla de Rocroy, en la que, aniquilados los cuadros de la infantería, perdió el soldado aquel prestigio de invenvencible por tanto tiempo sostenido (1643), sin que bastaran a recobrarlo el desquite de las llanuras de Tutthinghen, en Alsacia; la defensa de Orbitelo (1644); los triunfos que aun, como fulgores de la intensa llama antigua, despedía, recuperando a Gravelinga, a Mardick, a Dunquerque; reprimiendo los alzamientos populares que, a imitación de los de Cataluña y Portugal, ocurrieron en Sicilia y en Nápoles (1647).

Empezó a dar señales de vida la marina francesa, persuadido el Gobierno de serle precisa en la vía de dilatación emprendida, y aunque no lució, desde luego, derrotada en las aguas de Barcelona y en las de Toscana, puso en dispersión a la nuestra delante de Cádiz; se arrojó a buscar en las Antillas lo que buscaban los enemigos todos: las flotas conductoras de caudales, ojeadas de continuo, perseguidas, atacadas, no bastando ya las que a España restaban para escoltarlas y defenderlas.

Se celebró en Munster un congreso diplomático que determinó la conclusión de la *guerra de treinta años*. España, perdiendo desde luego la gestión e influjo en los asuntos de Alemania, ajustó tratado especial con Holanda, reconociendo solemnemente su independencia y dando por buenas las conquistas realizadas (1648).

Los ingleses estuvieron distraídos con la sangrienta revolución interna que les trastornaba, mientras no llegaron a constituír gobierno republicano bajo el pro-

tectorado de Oliverio Cronwell. Llegado el caso, se aliaron con Francia para continuar la obra inspirada por la animosidad común contra España, concentrando el ataque a las plazas marítimas de Flandes y al de las posesiones de Indias. Las escuadras británicas buscaron preferentemente a las nuestras en Cádiz y en las islas Canarias; atacaron con gran poder a la de Santo Domingo, donde recibieron daño; lo pusieron por obra en Jamaica, con mejor suerte, pues que se hicieron señoras de ella (1658) y convirtiéndola en cuartel general de piratas, con los suyos o los allegados, asaltaron a las principales ciudades de la América Central.

Cronwell finó sin que acabara su mala voluntad; mas no contando Francia con lo que a ella le servía, satisfaciéndose al pronto con lo granjeado, negoció la paz conocida con el nombre de los Pirineos (1655), por humillante y dolorosa para España que, por el tratado, perdía gran parte de Flandes, los condados de Rosellón y de Conflent, plazas en Italia e islas en Indias. Grande era la merma de territorio; mayor la de reputación y de prestigio, quedando patente la debilidad de la monarquía y la escasa suficiencia de sus diplomáticos. La cláusula de mejor apariencia, la de casamiento de la infanta María Teresa con el rey Luis XIV, lejos de acarrear concordia y alianza, había de servir de pretexto a reivindicaciones.

Unicamente seguía la guerra con Portugal, que no era de presumir se prolongara: no ciertamente, si por bajo de cuerda no estuvieran de su lado Holanda, Inglaterra y Francia, como antes. De nada sirvió, por consiguiente, la prosecución de la lucha, acabada por mediación de las mismas potencias interesadas en el fraccionamiento de la Península, en virtud de Tratado por el que se reconocía la segregación e independencia de su parte, con devolución de las colonias, quedando a España por recuerdo de la efímera unión la plaza de Ceuta (1668).

¿Podría esperarse mejoría en las horas con el acceso al trono de Carlos II, niño valetudinario? Francia no esperaba otra cosa para invadir a Flandes. Iba ganando lo que España perdía; iba haciéndose prepotente, con notoriedad precursora de modificación en los papeles de las grandes potencias. Lo que nunca consiguiera la simpatía, verificaron el recelo y la consideración de respectivos intereses: tres naciones protestantes, Inglaterra, Holanda y Suecia, se confederaron en pro de la católica por excelencia e impusieron la asamblea y paz consiguiente de Aquisgrán.

Mera tregua; período de preparación para levantarse Europa, casi en masa, contra Francia e Inglaterra, con el destrozo consiguiente en Flandes, en Saboya, en Rosellón. Sicilia se entregó a los franceses; los berberiscos atacaron a los presidios.

Por recuerdo y en comparación de los reinados de Carlos I y Carlos II vino a sueldo de España armada holandesa, mandada por Ruyter, vencedor de ingleses y franceses en Solebay y en Texel. Unidos a sus navíos los españoles, riñeron sobre Stramboli y Mongibelo dos batallas de resultado indeciso. Ruyter murió en la segunda (1676); los restos de ambas escuadras, estacionados en Palermo, sufrieron allí nuevas pérdidas, pero, por inesperada solución, se vieron los vencedores en la necesidad de evacuar por completo a Sicilia y de acudir al Congreso de Nimega, donde otro tratado se zurció (1678).

Faltaba todavía el de Ryswick (1697), negociación en la que Luis XIV se manifestó generoso en apariencia, devolviendo una parte de sus conquistas, Cataluña entre ellas. Habíale declarado la dieta de Ratisbona enemigo de los príncipes cristianos y perturbador de la tranquilidad y se había formalizado secretamente en su contra la Liga de Augsburgo, suscribiéndola con España, el Emperador, Holanda, Suecia, los Príncipes ale-

manes, Baviera, Saboya, el Papa, sin que permaneciera a su lado más que el Turco.

En el intermedio se padecieron muchas adversidades: los moros sitiaron a Orán, a Ceuta y al Peñón; recobraron las plazas de Larache y la Mámora; multiplicaron las correrías del Corso, menos crueles, con todo, que las de los piratas de Indias, adonde acudió la escoria del mundo entero a ejercitar el pillaje con horrores, a cuya relación se resiste la pluma. Los daños causados a la propiedad y al comercio durante el reinado de Carlos II se estimaron en 60 millones de pesos, no contando los que tocaban al Estado, que cuento no tenían.

Acabó esta plaga, no por represión ni resistencia. ¿Qué podrían los residuos de la marina española contra tan generalizada acometividad? Acabó por convencimiento de que en el punto en que estaba la nación, para extraer la sustancia de América, tenía más cuenta la sombra de tratados y concesiones que el relampaguear de los cañones filibusteros.

Las naves, ¿cuándo y cómo lograrían extinguirlos? Habiendo casado el rey segunda vez con Ana de Neoburgo, para conducirla a España desde Flandes, con decoro y seguridad, hubieron de hacerlo unidas las de Inglaterra y Holanda (1690).

Luis XIV, viendo agonizante al Rey y con no más vigor al reino, negoció con Inglaterra y Holanda tratado de repartición de la monarquía. Al Príncipe de Baviera, pariente más próximo de don Carlos, asignaban la Península, el resto de los Países Bajos y las Indias; al Delfín de Francia, Nápoles, Sicilia, el marquesado del Final y la provincia de Guipúzcoa; al archiduque Carlos de Austria el Milanesado. Falleció José Leopoldo, primer partícipe, hicieron tratado y reparto segundo, aplicando la adjudicación al archiduque, hijo del emperador Leopoldo, con merma de las provincias

de Extremadura y Galicia, destinadas a Portugal, y algunas otras alteraciones.

A última hora hizo testamento el rey don Carlos nombrando sucesor a Felipe de Borbón, duque de Anjou, nieto del factor de los tratados dichos, Luis XIV, y éste, desde el momento, no los consideró tan buenos como antes le parecían para conseguir el consabido equilibrio europeo.

SIGLO XVIII

Coincidencia tan rara como parecía la de principios de siglo, de dinastía y de monarca, hizo esperar a los optimistas que quizás inauguraría también era española de reposo, dado que las potencias aceptaban la validez del testamento de Carlos II y reconocían por sucesor a Felipe V. Había, sin embargo, excepción: el Emperador estimaba lastimados sus derechos y se disponía a sostenerlos con las armas, empezando con invasión del Milanesado.

Al reparo acudió don Felipe, visitando a los sostenedores de su causa en Nápoles y trasladándose al campo de acción, donde hizo las primeras armas con reputación de *animoso,* adquirida en la batalla de Luzara. En tanto había penetrado Luis XIV en los Estados Bajos, con arrogancia que cambió por completo la disposición de los ánimos. Pareciendo por los actos, tanto como por las declaraciones inconsultas, ser su intención hacer de Francia y de España una sola monarquía, la sospecha juntó en coalición imponente a Inglaterra, Holanda, Dinamarca, Brandeburgo y otros principados alemanes, con Austria, primeramente aislada.

Estos nuevos amigos enviaron desde luego (1702) armada y ejército a Cádiz, con propósito de tomar la plaza, lo cual no pudieron conseguir; mas al retirarse, contrariados y no bien avenidos, supieron haber arri-

bado a Vigo la flota de América, escoltada por escuadra francesa; cayeron sobre ellos inmediatamente; las batieron e incendiaron, si bien a tiempo que el tesoro se había puesto en seguridad.

Comunicada la noticia, regresó a España don Felipe, disponiéndose a resistir otros embates que no se hicieron esperar. El Emperador traspasó los derechos alegados a su hijo el archiduque Carlos: desembarcó éste en Lisboa, acompañándole fuerzas de mar y tierra de los confederados; se unió a su causa el rey de Portugal, y en territorio de éste empezó la campaña (1704), seguida por hostilidad de las escuadras en el litoral de la Península.

La plaza de Gibraltar, donde había 56 soldados de guarnición, no pudo resistir a la acometida de los navíos ingleses y holandeses, y aunque la armada francesa, que acudió a tiempo de remediar la desgracia, libró batalla en aguas de Málaga teniendo fuerzas equilibradas con las enemigas, siendo incierto el resultado, por falta de constancia se retiró, quedando consumado el hecho.

Al calor de las vencedoras se alzaron Valencia, Aragón y Cataluña, por el Archiduque; avanzaron los ejércitos desde Portugal hasta Madrid, y convertida la Península en campamento y vivac de soldadesca extranjera, se encontró don Felipe en grave crisis, sin más sostén que el de los castellanos. Dejó de auxiliarle el Gran Rey, arrolladas sus tropas con las de España en Flandes, en Alemania y en Italia, y afligido con la intimación de romper por sus propias fronteras. A no exigirle más que el abandono de los planes ideados, con reconocimiento del Archiduque, sacrificara a su nieto, desde luego: la enérgica actitud de éste, su invencible resolución y la indignidad de exigencias de los aliados a Luis para que cooperara con sus fuerzas a la aspiración común, salvaron al monarca francés de la deshonra a que le arrastraba la debilidad de la vejez con el

deseo de descanso. Don Felipe, conseguido en tanto el triunfo de Villaviciosa (1710), considerando de menor cuantía la pérdida de Orán, abandonada a los moros; la de los Países Bajos, de Nápoles, Cerdeña, Menorca y la ruptura de relaciones con Roma, continuó resistiendo enérgicamente, dejando al tiempo lo imprevisto.

Y no tuvo de qué arrepentirse. Murió el emperador José (1711); fué elegido su hermano el archiduque Carlos, que aceptó la Corona imperial, sin renunciar a la de España, y las potencias adheridas, juzgando no menos peligrosa a la estabilidad una concentración semejante a la del imperio de Carlos V, que la de Francia y España, a la que habían resistido, se desligaron y dividieron, conviniendo tan sólo en la reunión de representantes en Utrech, donde cada cual se prometía alcanzar por buenos modos lo que con los violentos no había conseguido.

Larga, reñida, enojosa, fué la lucha de intrigas que no detuvo desde luego la de las armas. No se llegaba a la avenencia total: sobresalía Inglaterra en el imperio de las pretensiones y, al fin, se hicieron acomodos parciales (1712). España cedió los Países Bajos al Duque elector de Baviera; a Inglaterra Gibraltar, Menorca, el asiento de negros, o sea facultad exclusiva de introducirlos en América; a Prusia la Güeldres; a Saboya, Sicilia, con título de rey; a Holanda concesiones comerciales. Portugal, la última en suscribir los convenios por obstinación en reclamar las provincias de Extremadura y de Galicia que le habían prometido los aliados, se hubo de conformar con la colonia del Sacramento, en el río de la Plata (1714).

Tal aparece, en resumen, el famoso convenio de Utrech. Francia se resarció de sus gastos: todas las potencias salieron gananciosas a expensas de España, que pagaba las costas del pleito universal y quedaba rebajada a nación de segundo orden. Lo ofrecido en cam-

bio de tamaños sacrificios se redujo a la evacuación de Cataluña.

Siguió la guerra nominal, más que efectiva, con el Emperador, que no se desprendía del título de rey de España ni dejaba de atizar la discordia intestina: con las demás nacionalidades se entablaron buenas relaciones; se restablecieron las de Roma, y en obsequio del Pontífice se destinó en auxilio de Venecia escuadra que cooperó a librar a Corfú del sitio puesto por los turcos (1716).

Don Felipe, viudo, casó otra vez con Isabel Farnesio, señora dominante, que había de dirigir la política, y no tardó en presentarse ocasión de significarla, pues el Emperador invadió el Genovesado con infracción de la neutralidad e infirió a España agravio intencionado.

En respuesta salió de Barcelona (1718) expedición militar que en pocos días se hizo señora de la isla de Cerdeña, causando general sorpresa. ¿Cómo podía presumirse que nación a la que se suponía abatida y sin recursos, se revelara de nuevo, pujante, con escuadra, ejército, organización, secreto y ánimos poco velados en el manifiesto con que hizo pública su actitud?

Al punto se advirtió en el exterior el temor de que se reprodujera la conflagración, por recibo de notas oficiosas, a pesar de las cuales, segunda y mayor flota desembarcó ejército español en Sicilia.

Entendiéronse entonces Inglaterra, Austria, Francia y Holanda, constituyendo la que se llamó cuádruple alianza, con objeto de establecer en el Mediterráneo situación estable. Las cláusulas se comunicaron al Gobierno de España con invitación a adherirse a ellas, y en vista de la negativa, una escuadra inglesa, muy superior a la que, improvisada, había hecho el desembarco en Sicilia, la atacó, por sorpresa, sin previa declaración, y la deshizo a cañonazos (1718).

La guerra se consideró, en el acto, inevitable, no

sólo con Inglaterra, que en tal forma desempeñaba su papel de mediadora desinteresada; con Francia también, regentada por el Duque de Orleans, con no mejores intenciones. Confiábase en que la inteligencia conseguida con Suecia, Rusia y elementos de Francia, produciría división en Escocia y Bretaña, puntos hacia los que se encaminaron desde Cádiz expediciones auxiliares que no lograron éxito: al contrario, los franceses penetraron por la frontera de Guipúzcoa, haciéndolo los ingleses en Galicia, con sucesión de desagrados que no dejaron otro camino expedito que el de la humillación de suscribir el tratado de la cuádruple y evacuar a Sicilia y a Cerdeña (1721).

Otro Congreso de plenipotenciarios, en Cambray, se ocupó posteriormente en arreglar las cuestiones pendientes, produciendo, entre los acuerdos, el de combatir el corso de los berberiscos, que a todas las naciones dañaba.

Interesada en ello principalmente España dispuso por sí jornada a Marruecos, con objeto de librar a Ceuta del sitio que de veintiséis años atrás sufría e hízolo con lucimiento, ganando de los moros muchos trofeos; no todos los que pudiera, porque la tendencia dominante de Inglaterra, manifestada desde Utrech, se hizo sentir con exigencias de limitación en el castigo de los mahometanos, y más todavía de ensanche en los presidios próximos al Estrecho de Gibraltar.

Apenas se informó de la negociación secreta seguida con Austria a fin de establecer relaciones de mutua conveniencia, urdió otra Liga en contra, la de Hannover, en que entraron a su lado Francia, Prusia, Suecia y Dinamarca; mas como quiera que a la de Viena se adhirieron Rusia, Polonia y príncipes alemanes, estuvo de nuevo Europa dividida en dos campos, con poder respectivo bastante para no salir del terreno de las notas diplomáticas y acabar decidiendo la reunión de plenipotenciarios (1725).

Pedía España, valida de las circunstancias, la devolución de Gibraltar, denuncia del tratado de negros, supresión del contrabando que a su sombra se hacía en Indias; pero los ingleses, conocedores del terreno, desviaron tales pretensiones ofreciendo seguridad de sucesión del infante don Carlos en los ducados de Italia y aquiescencia para que 6.000 soldados españoles guarnecieran las plazas principales en garantía, con lo cual se firmó el acta del Pardo según ellos deseaban, o sea, dejando las cosas cual estaban por el tratado de Utrech (1728).

Muerto el duque de Parma, Antonio Farnesio (1731), se ofrecieron, sin embargo, dificultades, suscitadas por el Emperador; pero consecuente esta vez Inglaterra con las promesas, dió escolta suya a los navíos conductores de la tropa. El Infante tomó, por tanto, posesión y las aspiraciones de la Reina quedaron por de pronto satisfechas.

Por de pronto abierto el paréntesis de buena jornada, con la que el Marqués de Montemar reconquistó a Mazalquivir y Orán (1732), suscitado conflicto general por la sucesión del trono de Polonia, doña Isabel lo aprovechó para que se trasladara a Italia con 25.000 hombres y escuadra adecuada el mismo Montemar, victorioso, siendo fruto de la campaña doble reconquista: la institución para don Carlos del reino independiente de las Dos Sicilias, a expensas de España.

Volvió a agitar a las potencias el fallecimiento del emperador Carlos VI, sin sucesión varonil (1741). Unidas, separadas, vueltas a juntar unas con otras, llegaron a pronunciarse contra la elección de María Teresa Francia, Prusia, Cerdeña, Baviera, Polonia, a las que España se agregó por voluntad de Isabel, juzgando llegada la oportunidad de colocar a otro hijo, al infante don Felipe, para el cual deseaba los Estados de Lombardía o el Milanesado y Mantua o Parma y Plasencia, cuando menos, y a fin de adquirir los que las

circunstancias y la habilidad proporcionaran, se encaminaron a Italia 50.000 soldados, con apoyo de escuadra numerosa y fuerte, dado que en oposición y guerra estaba ahora la Gran Bretaña por causas anteriores.

Siendo natural que el rey de las Dos Sicilias sustentara la causa de su hermano, disponíase a entrar en acción, y lo hiciera a no exigirle brutalmente un Comodoro, reloj en mano, la declaración de neutralidad, so pena de bombardeo a su capital (1742). Suscribió, pues, forzosamente, la demanda, por la cual estuvo en riesgo la suerte del Infante, máxime después de batalla naval entre la escuadra franco-española y la inglesa, en aguas de las islas Hieres, pues no resultando decisiva, como el descalabro de los navíos los obligaba a buscar puerto en qué repararse, quedó el ejército aislado, sin provisiones.

El motivo inicial de la guerra con ingleses había sido el escandaloso contrabando de sus naves en Indias, reprimido por los guardacostas, a los que resistían el ejercicio de visita. Rompieron ellos las hostilidades acometiendo a Puerto Velo, y con mayor decisión a Cartagena, bombardeando y sitiando a la plaza, de la que tuvieron que retirarse con graves pérdidas, el ridículo de haber acuñado previamente medallas representando al general español don Blas de Lezo, arrodillado, en el acto de entregar la espada al supuesto vencedor.

La suerte les fué, asimismo, adversa en sucesivas tentativas contra Santiago de Cuba, la Guaira, Puerto Cabello, Florida, en todas las que sumaron bajas que excedían de 20.000 hombres, sin compensación de honra para la bandera. Por ello no se hicieron sordos a la convocatoria de representantes para el Congreso de Aquisgrán, donde iba a tratarse de la pacificación (1748) y donde se acordaron los preliminares.

El tratado particular para la de España se firmó

en Madrid (1750), siendo cláusulas principales, abolición del tratado de negros mediante indemnización de 100.000 libras esterlinas y reconocimiento del derecho de visita a los cruceros españoles. En el general quedó aceptada la posesión por parte del infante don Felipe de los ducados de Parma, Plasencia y Guastala, con lo que pudo regresar el ejército de Italia.

Había ascendido al trono anteriormente (1746) don Fernando VI, dando a conocer desde luego inclinaciones pacíficas secundadas por el Marqués de la Ensenada, su gran ministro. A fin de orillar las dificultades no resueltas aún, celebró tratado con Portugal, condescendiendo con las pretensiones de su Gobierno. Quedó anulada la acción o derecho que a España había conferido la bula del meridiano del Papa Alejandro VI y se dió ampliación a los límites del Brasil, haciendo los lusitanos renuncia definitiva de sus pretensiones sobre las islas Filipinas (1750).

Concentrada en lo sucesivo la atención en el aumento y mejora de la marina militar, pocos años bastaron para el fin presupuesto de procurar solidez a la situación independiente del Estado. Nunca había sido España objeto de atenciones y deferencias, cual las que se le demostraban en el exterior: su amistad era solicitada, su alianza pretendida a porfía por Francia e Inglaterra, con ofertas tentadoras, que no alteraron, sin embargo, la inquebrantable resolución de don Fernando de conservar el prestigio alcanzado con la fuerte neutralidad.

¡Ojalá le hubiera imitado don Carlos al venir desde Nápoles a sucederle! (1759). No fué así. Rota la paz por Inglaterra y Francia, no pudiendo olvidar el proceder con que la primera le agravió en Italia, por odio puesto en balanza con las simpatías de parentesco, firmó el *Pacto de familia,* funesto tratado por el que quedaba España desde el momento envuelta en el fragor de la pelea.

Preparados cual se hallaban los ingleses, sitiaron casi a la vez a La Habana, en la isla de Cuba, y a Manila, en las Filipinas, rindiendo a las dos con enorme botín (1726), y fueran ambos golpes suficientes para agobiar a la patria, si el general don Pedro de Ceballos no procurara compensación tomando a los portugueses la Colonia del Sacramento y destruyendo a la escuadra que intentó recuperarla. Esta conquista sirvió de contrapeso al negociar la paz y concluír el Tratado de Fontainebleau, por el cual se nos devolvían las posesiones en Cuba y Filipinas, pero se perdió la Florida y el derecho de pesca en Terranova.

Hubo luego peligro de volver a esgrimir las armas por motivo de escasa importancia en sí mismo, dado que no se buscara con esperanzas de ganancia. Los ingleses se habían establecido en las islas Malvinas, a inmediación del Estrecho de Magallanes, y a vuelta de contestaciones y requerimientos fueron expulsados violentamente por las fuerzas navales de Buenos Aires (1770). Desatendidas las reclamaciones de gobierno a gobierno, se llegó a la ruptura de relaciones, momento en que el de Madrid insinuó a Francia la participación a que era obligada por el Pacto de Familia, y como se excusara, haciendo patente el propósito de que existiera solamente en su provecho, no quedó a don Carlos otro recurso que acceder a las reparaciones exigidas por la Gran Bretaña.

Los preparativos que tenía hechos empleó en jornada contra Argel. En aquellas playas desembarcó escogido ejército de 20.000 hombres, sostenido por escuadra buena tan sólo para reembarcarlo, que no otra cosa determinó el Conde de O'Reilly, caudillo derrotado en la empresa (1775).

Mejores resultados tuvo la que hicieran necesaria incesantes intrusiones y desmanes de los portugueses en el Brasil. Partió de Cádiz expedición afortunada en la toma de la isla de Santa Catalina con sus fuertes. El

general don Pedro de Ceballos, que la dirigía, volvió a asaltar seguidamente a la Colonia del Sacramento y siguiera las operaciones a no detenerle en el avance orden de la Corte con aviso de negociación, en virtud de la cual se ajustó al Tratado de San Ildefonso (1777-1778), conviniendo en la devolución de la isla ocupada a cambio de las de Fernando Póo y Annóbon, en el golfo de Guinea.

Inglaterra no se mezcló en estos lances por haber de acudir a la rebelión de sus colonias de América, alentada y auxiliada eficazmente por Francia, la cual, a pesar del desengaño recibido, nos arrastró en tan impolítica acción, y a nueva guerra, por consiguiente.

Era apurada la situación del enemigo común; en ninguna mejor podía intentarse la invasión de sus islas tantas veces discurrida, y a ello se dispusieron juntas las escuadras de Francia y España, estando franco el Canal de la Mancha y sin defensa las costas. Produjo, por tanto, la vista de las naves un temor fundado: se paralizaron los negocios, cesó la vida comercial el tiempo que tardaron en desaparecer aquellos navíos afligidos de enfermedad epidémica y no guiados por inteligencia que estuviera a la altura de la misión.

Al fracaso siguieron más proyectos, afectados de falta de unidad. España decidió el bloqueo de Gibraltar, convertido consecutivamente en sitio; contribuyó a que las naciones del Norte constituyeran la neutralidad armada, con no escasa mortificación del Gobierno británico, y a que Holanda se le pusiera enfrente. Por contraposición hubo de reprimir chispazos de alzamiento que, a ejemplo de las colonias de América del Norte, se encendieron en el Perú, en Buenos Aires y en el Nuevo reino de Granada, y sufrió la derrota de la escuadra mandada por don Juan de Lángara, batida por muy superior fuerza (1780).

Son peripecias de la guerra: la armada de don Luis de Córdoba capturó gran convoy con tropas, armas y

vestuario; la que condujo a Menorca tropas españolas y francesas al mando del Duque de Crillón, concurrió al sitio del castillo de San Felipe y sumisión de la isla (1781). Con todas se vigorizó el asedio de Gibraltar, durante el que las obras de ingeniería y los ataques no desmerecieron de los más bizarros de la historia militar, sólo que rendir con ellas a la plaza no dominando el mar, no pudiendo impedir que las escuadras la surtieran de hombres y municiones siempre que le hacían falta, era intento equivalente al de llenar una canasta de agua.

Celebróse la paz de Versalles sin que el tratado, por excepción, señalase mengua: al contrario, Inglaterra, teniendo que reconocer la independencia de sus colonias y que ceder ante la actitud de las naciones mantenedoras de la neutralidad, suscribió a nuestro favor la retrocesión de Menorca y de las Floridas.

Por vez primera desde la existencia del imperio otomano se ajustó con él también tratado de paz y amistad (1782), yendo de resultas a Constantinopla escuadra que visitara aquellas aguas por tantos años no surcadas. El suceso brindó oportunidad para instar a las regencias de Argel y Túnez a poner término a la piratería, lo cual, como siempre, rehuyeron, haciéndolo ahora en términos para cuya réplica se despachó escuadra que, dirigida por el general Barceló, bombardeó a la capital en el verano de 1783, repitió la función en el siguiente y disponía la tercera tanda de proyectiles cuando cedió el Rey aceptando las condiciones propuestas, con las que salió ganancioso, mucho más cediéndole a poco Orán y Mazalquivir a cambio de ilusorias ventajas comerciales, en razón a que una sucesión de terremotos asoló la plaza, y por no defender las ruinas del incesante tiroteo de los montaraces, se decidió abandonarla (1790).

Grandes y no gustosas novedades causó en el mundo la revolución de Francia, llegando en los excesos

del furor a decapitar a sus reyes. Don Carlos IV, que antes hizo lo posible por salvarles la vida, declaró guerra a los republicanos, con buena suerte en un principio. Dos cuerpos de ejército pasaron las fronteras y una escuadra de 17 navíos entró en Tolón, puerto y arsenal adonde concurrió el almirante inglés Hood, y donde se proyectaba formar núcleo y defensa de los partidarios de la Monarquía, sin calcular la fuerza del torrente revolucionario, que todo lo arrolló, invadiendo a seguida nuestro territorio. Indispensable se estimó firmar apresuradamente tratado de paz en Basilea (1795) con dejación de la parte en la isla de Santo Domingo, conservada hasta entonces a condición de entrega de las ciudades que habían ocupado en Guipúzcoa y Cataluña. ¡Y si esto fuera sólo!

Impusieron muy luego, envalentonados, un tratado de alianza ofensiva y defensiva, renovación del Pacto de Familia, sólo que a ella sustituía el consorcio inconcebible de una monarquía autoritaria con una república disolvente; mejor dicho, la sumisión degradante de la primera a la otra, a cuya disposición quedaban el Tesoro y las fuerzas militares de tierra y mar, sin que tuviera que decir siquiera el objeto a que las destinaba. Enfrente, por tanto, España de las naciones que trataban de refrenar al pueblo demoledor, tuvo que sufrir la hostilidad de Inglaterra, iniciada a vista del cabo de San Vicente, con combate ignominioso, en el que 14 navíos enemigos atacaron y vencieron a 24 de los nuestros, apresando a los cuatro después de causar en el resto considerable baja personal (1797). Los británicos se apoderaron el mismo año de la isla de Trinidad de Barlovento y, si bien infructuosamente, atacaron a las de Puerto Rico y Tenerife. En esta última, derrotado el almirante Nelson, perdió el brazo derecho.

Cada día eran mayores las exigencias de la República; cada día aumentaba la serie de desdichas. Se

rindió con mala defensa la isla de Menorca (1798); estuvieron en peligro el puerto y arsenal de Ferrol, de donde el enemigo fué rechazado (1800). Cádiz se vió amagada.

Europa por entero formó coalición contra el pueblo que la espantaba; solamente España se mantuvo a su lado, y en prueba del reconocimiento y consideración por ello del Gobierno, de Bonaparte, que ya a la sazón lo supeditaba, impuso tratado especial por el que se le cedían los territorios de Florida y Luisiana, seis navíos de línea y cantidad no insignificante de metálico en trueque de oferta de ensanchar en Italia los estados del Duque de Parma, hermano de la reina María Luisa.

SIGLO XIX

Enseña la mecánica que los cuerpos, al descender en el espacio, adquieren movimiento uniformemente acelerado: obedecen a una ley física que, por lo visto en la historia, tiene aplicación moral a nuestra patria. El descenso de su importancia y poderío, iniciado en el siglo XVII, también se aceleró más y más en el siguiente, adquiriendo en el XIX velocidad aterradora para la inteligencia de quien quiera considerarla.

Bonaparte, dueño de los destinos de Francia desde el momento en que se le confiriera la púrpura consular, apretó los lazos de sumisión y dependencia anteriormente impuestos al Gobierno de España por medio de convenios firmados en Madrid (1801), en virtud de los cuales podría la República disponer a su arbitrio de las fuerzas navales y se había de hacer guerra a Portugal para obligarle a romper su alianza con la Gran Bretaña.

Esta guerra duró poco: acabó valiendo a España la plaza de Olivenza a cambio del enojo del Cónsul, con cuyo beneplácito no se había contado para concluírla,

y no tardaron en tocarse las inconveniencias. Reunido en Viena un Congreso a fin de acordar las condiciones de paz general (1802), si se recuperó la isla de Menorca, la de la Trinidad quedó eliminada.

Tampoco fué duradero el desarme: no podía serlo subsistiendo las causas de antagonismo entre Francia y Gran Bretaña, ni en lo posible cabía que España se mantuviera neutral no sustrayéndose a la presión de la primera. Sucedió, pues, que viniendo a la Península desde el Río de la Plata cuatro fragatas con caudales, en plena paz subsistente, las acometieron y apresaron otras inglesas de mayor fuerza, situadas en acecho (1804), volándose en el combate una de las primeras, con la que perecieron mujeres y niños de pasaje. Gran indignación levantó el acto, siendo secuela echarse el Gobierno de nuevo en brazos de Bonaparte, quien poco antes, proclamado emperador, con nombre de Napoleón I, hacía subir su arrogancia al compás de su prestigio (1805).

Viniéndole muy bien el concurso de la Armada española, proponíase ahora llevar a cabo el proyecto de invadir a Inglaterra, que de tiempo atrás maduraba. Tenía ejército dispuesto; escuadrilla capaz de transportarlo, preparada en los puertos del Canal de la Mancha: ¿qué le faltaba? A su juicio, no más que encontrar franco ese Canal un día.

Don Federico Gravina le había sugerido medios de realizar el deseo: consistían en despachar por grupos los navíos para un punto lejano; las Antillas, por ejemplo, donde sin sospecha podrían reunirse y volver juntos al dicho Canal en número irresistible. El plan era excelente, pero necesitaba cabeza que lo comprendiese, y la del almirante Villeneuve, elegido por Napoleón como jefe de las escuadras combinadas, no era capaz de responder a lo que de su aptitud se esperaba. Irresoluto, aturdido con las contrariedades, tras un combate sobre el Cabo de Finisterre, en el que se hizo objeto de cen-

sura, desobedeciendo las órdenes del Emperador se dirigió a Cádiz, donde inmediatamente quedó la escuadra bloqueada por otra enemiga.

Allí supo estar decidido su relevo del mando, y queriendo rehabilitarse antes de que la orden se le comunicara, contra el voto unánime del Consejo de Guerra, compuesto por generales y comandantes franceses y españoles, salió a la mar y provocó el combate reñido inhábilmente en aguas del Cabo Trafalgar (1805), con funesto resultado para España, no tanto por la derrota como por sus consecuencias.

Napoleón, que venció luego en campañas sucesivas a los ejércitos de Austria y de Prusia, se hizo por sí componedor del mapa europeo, trasladando fronteras, derribando dinastías y potestades, sustituyéndolas con miembros de su familia o con generales favoritos suyos, sin exceptuar en las combinaciones a su buena aliada, España. Con el mayor desembarazo brindó a Inglaterra con la isla de Puerto Rico y al Piamonte con las Baleares, en negociaciones que no tuvieron finalidad, y con igual sencillez proyectó la desmembración de Portugal; requirió el envío a Toscana de un cuerpo de 5.000 españoles y a poco de 10.000 más que, unidos a los primeros, pasaran a Dinamarca (1807), a tiempo que diversos ejércitos suyos iban entrando en la Península con encubierto objeto.

En América presentaron aspecto mejor las ocurrencias. Un alzamiento en Venezuela, intentado por el criollo Miranda, con auxilio de ingleses y norte-americanos, fracasó por completo (1806) y si con mejor suerte se apoderaron por sorpresa los primeros de Buenos Aires, organizada en pocos días la resistencia por el capitán de navío Liniers, los invasores tuvieron que rendirse a discreción con armas y banderas, contingencia que en poco menor grado volvieron a experimentar el año siguiente (1807), habiendo acudido escuadra y ejército de 15.000 hombres y empezado por hacerse dueños

de la misma ciudad de Buenos Aires y de la de Montevideo.

No detuvo la acción al Emperador de los franceses, resuelto a disponer de España sin más contemplaciones. Ocupadas como estaban las plazas fuertes por sus tropas; reunida en Bayona la familia real, dócil a su llamamiento, como lo fué a la intimación de abdicar de sus derechos a la Corona, Napoleón la puso en cabeza de su hermano José, con visos de legalidad, creyendo el asunto concluído. No estaba, sin embargo, más que empezado.

El pueblo en masa tomó las armas dispuesto a rechazar la usurpación en lucha titánica contra el capitán del siglo, que resueltamente emprendió (1808) con general admiración.

Cesaron al instante las hostilidades con Inglaterra, cambiándolas un tratado que ajustó la representación nacional en alianza y auxilio efectivo (1809). Buques ingleses repatriaron a la mayor parte del ejército, distraído en Dinamarca; apoyaron a los de la Península, los proveyeron de armas; aportaron contingente de tropas suyas auxiliares, contribuyendo al éxito de la campaña que, contra toda presunción, terminó repasando la frontera José Napoleón con las aguerridas huestes francesas, empujadas por las nuestras dentro de su territorio (1813).

El eco de tan raros sucesos en Europa obró reacción contraria a la constante fortuna de Napoleón. Rusia, Austria, Prusia e Inglaterra, aliadas de nuevo, avanzaron los respectivos ejércitos, entrándolos triunfantes en París. Fernando VII, hasta entonces detenido en Valencey, regresó a España reintegrado en el trono, y abatido el coloso militar abdicó por necesidad (1814), siendo a poco recluído por vida en la isla de Santa Elena a merced de sus eternos enemigos los ingleses.

Reunióse seguidamente en Viena congreso de em-

bajadores que, a pretexto de solventar asuntos generales, había de tratar esencialmente de la distribución de despojos del vencido. España, habiendo cooperado en tanta parte al triunfo de que todos gozaban, hubo de apurar el cáliz de las amarguras por declararla la asamblea sin opción ni derecho a figurar entre las potencias de primer orden, quedando desde entonces, esto es, desde 1815, en que se firmó el acta, excluída de intervención en el novísimo derecho público de Europa.

Fué invitada, sí, como nación colonial, para adherirse a la determinación de abolir el comercio de negros, lo que hizo firmando tratado especial con Inglaterra (1817), entre cuyas cláusulas era una la de reconocer derecho de visita y registro de nuestros buques mercantes a sus cruceros, mediante indemnización de 400.000 libras esterlinas por las pérdidas que sufrieran los súbditos.

Dejan siempre las conmociones políticas, como las de la atmósfera, huellas de su efecto. Tantos años de instabilidad y de laxitud autoritaria habían de hacer extraño y aun aborrecible cualquier conato de represión. No sorprende, en este concepto, que sustituyera a la lucha de las armas la de las ideas con parecido encono, suscitando conflictos de suma gravedad a juicio de las potencias absolutistas extranjeras, cuyos soberanos, en conferencias tenidas en Laybach y en Verona (1822), discutieron si para prevenir el peligro de contagio anárquico, ya comunicado desde España a Portugal, Piamonte y Nápoles, convendría acordar el remedio de intervención armada. El pensamiento prevaleció, pasando por ende el Bidasoa 100.000 soldados franceses al mando del Duque de Angulema (1823).

Mientras tales convulsiones trabajaban a la nación, el rumor de la cautividad del rey, invasión y consiguiente guerra despertaba en América aspiraciones que pronto se manifestaron con progresiva intensidad. El grito de independencia dado primeramente en Vene-

zuela (1810), repercutió en toda la extensión del Continente, encendiendo la tea de la discordia y dando suelta a las pasiones de su séquito. Contienda lamentable de hermanos ensangrentó largos años aquellas tierras privilegiadas de la Naturaleza, antes que la emancipación se consumara, no tanto por el tesón de los que la querían como por falta de conformidad y medios en los que habían de evitarla.

Todas las historias de fuera lo consignan como enseñanza de recuerdo provechoso. Por meticulosas economías se carecía en el riquísimo virreinato del Perú de lo indispensable al resguardo de sus costas: por reflexión sesuda, Chile, región estrecha, sometida cuantas veces entró en ella el ejército realista, adquirió, sin reparar en gastos, fuerza marítima que de nacional no tenía otra cosa que la bandera, pero que obedeciendo a su Gobierno dominaba el mar, y esto bastó para desalojar de la tierra a los que la habían dado ser (1826).

Otro tanto, si en menor escala, ocurrió con la que hoy se nombra República Argentina, y ¡qué mucho! Goletillas que mostraban el pabellón flamante de Colombia vinieron a bloquear impunemente los puertos indefensos de la metrópoli.

Es postulado de la razón que pueblo sin marina no puede sostener colonias. A España quedaron en América, pasada la crisis, las islas de Cuba y Puerto Rico, por su escasa importancia relativa. Cuando la adquirieron de notoriedad, perdiólas por la misma causa.

Retrocedió, pues, en punto a territorio, a los tiempos anteriores a Colón, pero relativamente al concepto en el exterior, el retroceso excedió del estado que la Monarquía disfrutaba en los días de los Reyes Católicos, así que a conveniencias ajenas y no a consideración, ni menos a sentimientos amistosos, se debió el ajuste de tratado hecho en Londres, con nombre de Cuádruple alianza (1834), por cuyas condiciones, Inglaterra y Francia se comprometían a sostener los derechos

respectivos de doña Isabel II y doña María de la Gloria a la sucesión en los solios de España y Portugal por defunción de sus progenitores.

Prontamente se ganó la causa de la segunda, interviniendo ejército español que pasó la frontera y contribuyó a la renuncia de pretensiones del infante don Miguel; no así la de doña Isabel, complicada en guerra campal y en guerras de insuperable discordia dentro de cada uno de los bandos contendores, con trazas de demorar mucho la avenencia.

Conseguida al fin (1840), volvió a trastornarse el orden en Portugal, con alarmantes síntomas de conflicto, semejante o más grave quizá; peligroso de cualquier modo a no conjurarlo el Gobierno con prudente demanda de intervención acordada desde luego por el nuestro (1847). Enviáronle 12.000 hombres, que operaron por tierra en combinación con la escuadra y con las de las potencias signatarias de la Cuádruple alianza, teniendo la dicha, lo mismo que la vez primera, de sofocar el movimiento amenazador.

En puridad. Aires revolucionarios corrían entonces por todas partes esparciendo voces, no solamente contrarias a los antiguos gobiernos, sino también a las creencias arraigadas. En Francia sucedió instantáneamente a la monarquía la república (1848); en Austria, Prusia, Hungría, Italia, se conmovió la sociedad trabajadora por las novedades; en los Estados pontificios trocóse la gran popularidad de Pío IX en sañuda persecución que le constriñó a refugiarse en Nápoles. En España, apagadas las chispas del incendio, obedeciendo a impulsos de índole armónica, con los que aconsejaron la expedición de Portugal, se decidió el inmediato envío de otra en favor del Padre común de los fieles, procediendo de conformidad con Austria y con las Dos Sicilias.

Nuestros buques y soldados se posesionaron fácil-

mente de Terracina (1849); corriéronse a Gaeta, donde S. S. se hallaba; establecieron el cuartel general en Velletrí y de aquí, reinstalado en Roma el Pontífice por las tropas francesas, regresaron a la patria, si no con palmas, que no hubo ocasión de conquistar, con testimonios de la consideración que se habían granjeado.

Lauros adquirió sin pasar mucho tiempo la milicia de mar y tierra en las islas Filipinas, asaltando los fuertes de Joló y destruyendo aquel antiguo abrigo de piratas (1851); lauros en el imperio de Annam, agregando una división al ejército francés que iba a tomar satisfacción de los asesinatos de cristianos, en cuyo número se contaba el obispo español Fr. Melchor Díaz, con no pocos compatriotas (1858). La rendición de Turana, Saigón y baterías inmediatas, principio de considerable colonia, fundada entonces por los aliados, nos dió derecho a participar en la indemnización de guerra convenida (1862); empero mayores ventajas con honra incomparable conquistaron nuestros soldados y marineros en campaña de cinco meses sostenida en Marruecos en reparación justa de agravios recibidos (1860).

A los obstáculos naturales que a la empresa oponían la costa brava, el terreno montuoso y desprovisto de recursos, la población salvaje, sobria y aguerrida, se agruparon los artificiosos de la mala voluntad de Inglaterra y los de su política sistemática, para la que es preferible frente a Gibraltar un pueblo bárbaro a otro civilizado que pudiera alterar las condiciones de su dominio en el Estrecho. Colocada en este punto de vista, no hubo objeción ni dificultad que no opusiera a los propósitos del Gobierno español, especialmente a los que tuvieran por objeto el ensanche de las posesiones antiguas o la adquisición de otras nuevas. Sin embargo, la obra se coronó: los buques batieron las fortalezas de Larache y de Arcila; los batallones ocuparon la ciudad de Tetuán, y de victoria en victoria, impusie-

ron en el campo de Guad-Ras un reconocimiento que dilataba los límites de Ceuta y de Melilla.

Renacía la actividad que tuvieron paralizada los disturbios interiores: la marina atendida, mientras en el mismo Continente africano tomó a cargo la reorganización de las posesiones en el Golfo de Guinea, acrecentándolas con territorios en el Cabo San Juan y orillas del Muni, en el Continente colombino alcanzaba otra reparación, protegiendo la seguridad personal de los súbditos en Venezuela.

Verdaderamente no se gozaba de este beneficio en las repúblicas americanas que, habiendo sustituído al dominio español, estaban todavía distantes del asiento perdido al instalarse. A esta causa obedeció, sin duda, un suceso imprevisto. La de Santo Domingo, por espontánea decisión, se proclamó agregada a la soberanía de España, acto aceptado por el Gobierno, en condescendencia de que había de arrepentirse, ya que no tomó en cuenta la volubilidad ni las condiciones de los fautores, atentos a su negocio. La anexión, que sólo proporcionó complicación y gastos, quedó anulada tan luego como asomó el desengaño (1865).

Las referidas causas de instabilidad autoritaria y sufrimiento de los extranjeros residentes en Méjico promovieron indicaciones de Francia, de Inglaterra y de España, por igual desatendidas, con agravación harto sensible para unir a las tres naciones en el proyecto de procurar de mancomún el reparo a que se consideraban acreedores. Con tal objeto suscribieron en Londres tratado (1861) acordando el concurso de sus fuerzas para ocupar en el litoral de la república puntos que sirvieran de garantía, sin idea subsecuente de conquista ni de intervenir en cuestiones de régimen interior.

Llegó primera al golfo la escuadra española con tropas de desembarco que entraron sin resistencia en Veracruz y en el castillo de San Juan de Ulúa. Arribaron,

después, las confederadas (1862), con los soldados, de las cuales se extendió la ocupación a las plazas de Córdoba, Orizaba y Tehuacan. Las conferencias abiertas simultáneamente pusieron de manifiesto cuán moderadas eran las reclamaciones de España comparadas con las exigencias de los acompañantes, principio de desacuerdo pronto declarado, porque los representantes de Francia, desentendiéndose de lo convenido y prestando apoyo a uno de los partidos políticos de la república, se manifestaron en favor del cambio de instituciones y creación de imperio en cabeza del archiduque Maximiliano de Austria. Retiráronse entonces las fuerzas españolas y lo propio hicieron las de Inglaterra, imitándolas.

Tenían que dejarse ver las nuestras en el mar Pacífico, donde el adjetivo no armonizaba tampoco con el tratamiento de los súbditos contratados en el Perú. Dos fragatas se destinaron allá, esperándose que con la visita se estrecharían las relaciones amistosas, y tanto se contaba con el éxito del viaje, fundándolo en el tenor de moderación y desinterés de las instrucciones, que con el fin de que aprovechara a la ciencia embarcaron profesores encargados del estudio en los diversos ramos de la Historia natural; mas bien se sabe que los juicios humanos son falibles. Donde se procuraba inteligencia y aproximación se produjo ruptura por faltas de tacto y sobras de susceptibilidad. Chile, república a la que debía suponerse ajena de todo punto a las cuestiones planteadas, fomentó la odiosidad arrastrando tras sí, con el Perú, a Bolivia y Ecuador en alianza y declaración contra España y puso a las dichas fragatas, tan alejadas de la patria, en situación de las más precarias. Desde el Estrecho de Magallanes hasta Guayaquil, es decir, en extensión de costa de 4.000 millas geográficas, se les cerraban los puertos en que pudieran abastecerse, y todavía más enemigos se les busca-

ban en los jefes de estaciones navales extranjeras, obligadas a la neutralidad.

Indispensable se hizo despachar refuerzos hasta reunir escuadra que sacara airosa a la nación del lance, y lo verificó cumplidamente, buscando a las naves contrarias entre bajíos; bombardeando a Valparaíso; apagando los fuegos de las baterías formidables del Callao, acciones celebradas por dignas de la fama que en remate se compendiaron poniendo en la *Numancia* la inscripción: *Enloricata navis quae prium terram circuit* (1866).

Una revolución honda entre las de España, que derrocaba la dinastía de los Borbones (1868), abrió período de interinidad, durante el que las ambiciones y las intrigas, teniendo por centro a Madrid, ejercían influencia en los destinos del mundo. La presentación de candidaturas para el trono vacante, cuestión internacional de las más árduas, enardeció los ánimos en Francia y en Prusia hasta producir el choque tremendo en que fué la primera vencida y humillada. Cayó el imperio, se restauró la república; consolidóse la unidad de Alemania y también la de Italia. Por todas partes hubo expectación.

En lo interior quisieron concluír tal período las Cortes Constituyentes con la elección, por votos, de don Amadeo de Saboya, duque de Aosta. La escuadra del Mediterráneo condujo a Italia a numerosa comisión de diputados, portadora del acta (1870), y trajo al Monarca, aceptada la designación, que con la misma facilidad resignó al poco tiempo (1873).

Ensayada entonces la República federal, sobrevino un desquiciamiento de que sería intento vano dar idea en pocas frases. Declaró el Gobierno central piratas a los buques de la armada que, tripulados por presidiarios, salían del cantón de Cartagena, en son de piratas tales a cañonear pueblos por exigencias de rescate. Se

pasó por la vergüenza de que un acorazado alemán los detuviera, desconociendo su caprichosa bandera; se sufrieron horrores que interesa a la razón callar, bastando se diga que ellos motivaron la restauración con la llamada de don Alfonso XII, rey a quien el pueblo adjudicó el dictado de *Pacificador* (1875).

En sus días se celebraron en Madrid conferencias de plenipotenciarios con objeto de prevenir conflictos en la política de Marruecos (1880) y se afirmaron lazos que las ocurrencias pasadas habían aflojado.

Como acto externo es de registrar la sumisión al protectorado de España de la costa occidental de Africa, comprendida entre los Cabos Bojador y Blanco (1884), suceso de importancia, no por lo que la propia costa represente o valga, sino por lo que afecta a la propiedad de las pesquerías contiguas, explotadas de tiempo inmemorial por los marinos de las islas Canarias.

Estuvieron en peligro las relaciones cordiales de Alemania, sabido que uno de sus bajeles había arbolado la bandera con intento de posesión en la isla de Tap, del grupo de las Carolinas. Exaltado el pueblo al conocer la nueva, acudió en tumulto a la casa de la Embajada; derribó y quemó el escudo de sus armas, entregándose por varios días a excesos significativos de la indignación. El atentado no podía ser más grave: hizo necesaria reprobación oficial en explicaciones no recibidas con intransigencia; antes bien, ordenó aquel Gobierno retirar su bandera de la isla citada y propuso someter la cuestión al arbitraje de Su Santidad el Papa, quien formuló finalidad honrosa para ambas partes.

Túvola, asimismo, por buena disposición del Emperador de Marruecos, la actitud hostil en que se colocaron las tribus del Rif, fronterizas a Melilla, vista la cual se envió al campo un cuerpo de ejército (1895).

¡Ah, si fuera dado omitir las penosas ocurrencias con las que el siglo acaba!

Desde su mitad se estaban preparando. Justamente en 1850 empezaron las expediciones filibusteras procedentes de los Estados Unidos de América a inquietar a la isla de Cuba, y desde entonces, por no decir desde la emancipación del Continente, tuvieron en aquel país refugio los infidentes, estímulo los descontentos, armas y toda especie de recursos los rebeldes a la autoridad, frente a la que el Gobierno de aquella nación despreocupada no escaseaba los actos de ingerencia. La guerra llegó a hacerse inevitable, y como guerra marítima para la que España, completamente aislada, no estaba dispuesta ni podía contar con ayuda ni con simpatía siquiera de las grandes potencias europeas, inclinadas del lado de la imposición y hostiles más bien que neutrales para el flaco, la guerra, aceptada por mal necesario (1898) acarreó resultados desastrosos. Hundiéronse los marinos con sus buques y banderas, fieles a la tradición honrosa, batiéndose con escuadras de superioridad abrumadora: impuso el vencedor inexorable la ley de su voluntad caprichosa; hubo que renunciar por ella, no sólo a la isla de Cuba, origen del empeño, a la de Puerto Rico y al extenso archipiélago filipino también, restos del imperio colonial formado en tiempo de los soberanos de la Casa de Austria. A tanta costa se restableció la paz.

Concluída la tarea del historiador, el patriota dice:
¿Hemos llegado al fondo de la sima?
Pues a tomar aliento... y a volver a subir.

Madrid, 18 de noviembre de 1907.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO. †